

ALTAR Y TRONO.

REVISTA HISPANO-AMERICANA.

REDACTADA POR LOS MAS CONOCIDOS ESCRITORES CATÓLICO-MONARQUICOS,

Y DIRIGIDA POR LOS SEÑORES

D. A. J. DE VILDÓSOLA Y D. VALENTIN GOMEZ.

Se publica los dias 5, 13, 20 y 28 de cada mes, desde el 5 de mayo de 1869.

PRECIOS DE LA SUSCRICION EN MADRID Y PROVINCIAS: Cincuenta reales a' año, ó trece reales trimestre, suscribiéndose en la Imprenta de *La Esperanza* ó en la administracion de la *Revista*, calle del Barco, núm. 9 primero, cuarto tercero, dirigiendo la correspondencia á D. Antonio Perez Dubrull, Administrador y Editor de la misma. En las librerías, ó por medio de los comisionados (cuya lista se halla en las cubiertas del primer tomo de la *Revista*), cuesta sesenta reales al año, ó diez y seis por trimestre.

SUMARIO.

De la Inquisicion en sus relaciones con la civilizacion española: de la decadencia de España en el siglo xvii: III, por D. Francisco Navarro Villoslada.—Historia de los Papas y de los Reyes: comparacion entre los monederos falsos y los falsarios de la historia, por D. Vicente de la Fuente.—De la unidad religiosa, por D. Enrique del Castillo y Alba.—Del paso del Mar Rojo por los hebreos (tercera parte): estado de los lugares en nuestros dias y en tiempo de Moisés, por Lecointre.—Virginia, ó Roma en tiempo de Nerón: novela escrita en francés por Villefranche, y traducida por D. Francisco Melgar (continuacion).—Revista de la semana.—Correspondencias de Roma.—Parte oficial de la *Gaceta*.—Suelos.—Anuncios.—Ademas se reparten con el presente número los pliegos 3 y 4 (32 páginas) de *La Samaritana*, proverbio escrito por Luis Veuillot, y traducido por D. A. J. de Vildósola.

DE LA INQUISICION EN SUS RELACIONES CON LA CIVILIZACION ESPAÑOLA.

DE LA DECADENCIA DE ESPAÑA EN EL SIGLO XVII (1).

III.

Los enemigos de Felipe II le acusan de haber consumido inmensos tesoros en guerras lejanas, y recuerdan las palabras de Felipe III, segun el cual su padre habia dejado al morir *la real Hacienda del todo acabada y consumido su patrimonio*. Weis hace subir á cien millones de duros la deuda del vencedor de San Quintin, incluyendo en ella treinta y cinco millones que Carlos V le habia legado.

Dícese que la guerra de la Liga le costó sobre treinta millones, y la de los Países Bajos, á él y su hijo, mil ochocientos millones de libras en menos de un siglo; calculáronse por un ministro francés contemporáneo en seiscientos millones de ducados los gastos de sus empresas guerreras.

Todo esto será verdad. Nosotros, no solo lo concederemos, dado que nos parece imposible averiguarlo, sino que añadiremos, para recargar el cuadro á gusto de nuestros adversarios, que la poblacion de España, que á fines del siglo xv ascendia á diez millones de habitantes, en igual época del xvi habia descendido á ocho millones, bajando todavía un millon mas en el siguiente siglo.

Pero estos datos demuestran á lo sumo una verdad que nosotros no hemos negado nunca; á saber: que las guerras son siempre calamitosas para las naciones, y que si España no está hoy tan poblada como debiera, si es menos rica de lo que pudiera serlo, en gran parte lo mo-

tiva el no haber disfrutado apenas treinta años seguidos de profunda paz desde que existe como nacion independiente.

Despues de la guerra de la reconquista, que principió en 718 y terminó en 1492, España parecia llamada á descansar y reponerse de la incesante lucha de ocho siglos. ¿Quién tuvo la culpa de que segunda vez se viese nuestra nacion obligada á desnudar su acero á la voz de Carlos V y de Felipe II?

El protestantismo.

Para propagar su secta, Lutero halagó en un principio las pasiones carnales de los príncipes de Alemania, y luego su codicia, haciéndoles dueños de los bienes de la Iglesia. Cuando esta quedó completamente despojada, la codicia se convirtió en ambicion, en usurpacion el despojo, y se robaban Estados como se habian robado templos, conventos y predios rústicos y urbanos. El protestantismo se apoderó de la Alemania del Norte, de Suecia y Dinamarca, de gran parte de los cantones suizos, de Inglaterra y hasta de Francia. ¿Qué habian de hacer los Reyes de España, que tenian dominios en Austria, Flandes, Milan, Nápoles y Sicilia? ¿Cuál habia de ser su conducta con un enemigo que se les introducía en el corazon de sus reinos, en el riñon de Castilla?

Ceder ó resistir.

¡Ceder! Esta palabra no puede pronunciarla ningun católico, ningun español: no puede salir de pecho hidalgo y generoso, de cabeza medianamente organizada.

Ceder hubiera sido abandonar cobardemente la causa de Dios, cuya defensa es la primera obligacion de los gobiernos temporales. Ceder hubiera sido vender segunda vez á Jesus, y por treinta miserables dineros entregarle maniatado á enemigos mas implacables que los escribas y fariseos; porque eran apóstatas. Ceder hubiera sido contrastar la obra divina de quince siglos, y dejar reducida la Iglesia imperecedera á la condicion de la Iglesia de las Catacumbas y de la cárcel Mamertina.

Para los monarcas españoles habria sido ademas desconocer por completo la mision providencial de nuestro pueblo, su historia, sus tradiciones, su carácter propio, su manera de ser, su razon de ser. Ceder hubiera sido destruir la grande obra de todos los Reyes y de todas las generaciones que se cuentan desde Pelayo hasta Isabel.

Pero ceder, abandonar miserablemente al Sumo Pontífice á merced de sus mas crueles perseguidores, de los que le apellidaban *Antecristo* y daban á Roma el

(1) Véase el número 32, pág. 131.

nombre de *Babilonia*, hubiera sido la mas negra de las infamias, la villanía mas cobarde y vergonzosa.

Y fuera de estas consideraciones, todas ellas capitales y supremas, hay otra, que nos contentaremos con indicar, porque está magníficamente esplanada y demostrada hasta la evidencia por nuestro insigne Balmes. Ceder hubiera sido entregar á toda Europa á los horrores, á las discordias, á la barbarie del libre exámen, segar en flor los campos de la civilizacion cristiana, retroceder á los tiempos del paganismo.

Siendo, pues, culpable, pecaminoso, necio, desleal y vergonzoso ceder al protestantismo invasor, no habia mas remedio que resistirle, y resistirle con todo género de armas, espiritual y corporalmente, oponiendo doctrinas á doctrinas, oraciones á improperios, excomuniones á sacrilegios, hogueras á hogueras, ejércitos á ejércitos, arcabuces y cañones á cañones y arcabuces.

De las armas espirituales se encargó la Iglesia, que reunió el Concilio de Trento, instituyó la Compañía de Jesus, reformó la mayor parte de los institutos religiosos y dió nuevas muestras de su santidad en ese plantel de bienaventurados, la mayor parte españoles, á cuya sombra se purificaron las costumbres, se mejoró la condicion social de los pueblos, y se preservaron tantos del contagio de la herejía.

Las armas temporales quedaron principalmente á cargo de los Reyes de España, caudillos de la guerra contra los apóstatas, como hasta entonces lo habian sido de la guerra contra los infieles. La guerra fue costosa, como todas las guerras: perecieron en ella millares de hombres y se hundieron millones de ducados; pero ¿quién tiene la culpa de tamañas pérdidas? Los Reyes de España, que por deber, por honra y por necesidad se vieron obligados á resistir, ¿ó el protestantismo, que por codicia, por ambicion y por odio atacaba á la Iglesia y á los Estados católicos, resuelto á no dejar un solo súbdito al Vicario de Jesucristo, ni una sola autoridad espiritual ó temporal que no quedase sometida al instable juicio del espíritu privado?

Los gastos de las guerras de Cárlos V y Felipe II fueron enormes; la baja de la poblacion espantosa; ningun interes tenemos en ocultarlo; y aunque lo tuviéramos, nunca sacrificaríamos nuestro interes á la verdad; pero estos datos, que los protestantes nos lanzan al rostro, se tornan en favor nuestro, porque nada hay mas fácil de probar que la mayor parte de las guerras sostenidas por aquellos príncipes fueron debidas al protestantismo. Luego si la causa principal del empobrecimiento de España fueron las guerras sostenidas por ella en toda Europa por espacio de doscientos años, y si esas guerras fueron en gran parte debidas al protestantismo, al protestantismo se debe principalmente la despoblacion y el empobrecimiento de la monarquía, y el protestantismo es una de las causas principales de la decadencia de España en el siglo xvii.

Sí; Felipe II, resucitando y saliendo de las bóvedas del Escorial, podría contestar á los que le acusaban de haber dejado sesenta y cinco millones de deuda, como aquel ciudadano de Roma, al verse de igual manera increpado por la plebe: *Hoy casualmente hace años que salvé á la república; vamos á dar gracias á los dioses.* Felipe II dejó deudas, pero dejó patria; y sin su política

dispendiosa, como tiene que ser toda política de resistencia, y aun mas la de resistencia armada, la nacion española hubiera perecido.

No habia remedio: ó abrir las puertas al protestantismo quebrantando la unidad religiosa y la unidad peninsular, ó hacer frente al enemigo de la Religion, de la sociedad y de la monarquía, combatiéndole en toda Europa, pues por toda Europa se estendian los dominios españoles.

Felipe II, que no era mercader, ni judío, sino Rey, y Rey católico por añadidura, y Rey español de corazon y de entendimiento, optó por el segundo extremo de tan inexorable disyuntiva, y, gracias á su magnánima, sabia y previsora resolucion, España es España todavía, y por él existimos como nacion independiente; por él gozamos del envidiable privilegio de la unidad católica; por él no se hizo en el siglo xvii el reparto del pueblo español entre Francia, Inglaterra y Alemania, como un siglo despues, en 5 de agosto de 1772, se hizo entre Rusia, Prusia y Austria el reparto de la católica y desventurada Polonia. Preguntemos á los amigos de Kosciusko, diseminados hoy por toda Europa, ó enterrados bajo los hielos eternos de Siberia, si preferirian tener sesenta y cinco millones de Deuda, siendo todavía la nacion de Juan Sobieski, á ser rusos, prusianos ó austriacos, aunque esta honra les hubiese ahorrado algunos maravedises y algunos hombres.

Dudarlo siquiera seria infamar á un pueblo católico, de corazon independiente y verdaderamente libre.

Culpemos, pues, al protestantismo, agresivo, revolucionario y ambicioso, de los enormes gastos que ocasionó á los pueblos, que, llenos de fe y de cristiana dignidad, rechazaron altivos su coyunda; no á los Reyes que, animados del celo por la casa de Dios y del mas previsor y esclarecido patriotismo, le combatian á vida ó muerte, y preferian *perder todos sus Estados y cien vidas que tuviesen, antes que sufrir la menor quiebra del mundo en lo de la Religion y del servicio de Dios*, que era el de la patria, y del servicio del pueblo, que habia luchado cerca de ochocientos años por reconquistar su propio territorio y estirpar de él la planta exótica y venenosa de la secta mahometana.

Independencia nacional, y con ella y para ella unidad católica, es la noble, la sublime mision providencial que ha recibido del cielo la nacion en que se adoraba al *Dios de lo alto (Jaungoicoa)* antes de la venida de Jesucristo, al Dios *innominado* de los cántabros (*innominatum quemdam Deum*) de que nos habla Strabon (*Geograph.*, lib. iii); el pueblo del Pilar de Zaragoza, de Recaredo, San Leandro y San Isidoro, de Pelayo, de San Fernando y de Isabel la *Católica*: y á esta mision correspondió Felipe II, ensanchando la accion de su actividad y de su celo á medida que se multiplicaban las guerras de los enemigos de la Iglesia, y oponiendo estension de campo de batalla al número siempre creciente de adversarios, é intension de miras católicas á lo profundo y artero de las intrigas del protestantismo.

F. NAVARRO VILLOSLADA.

HISTORIA DE LOS PAPAS Y DE LOS REYES.

COMPARACION ENTRE LOS MONEDEROS FALSOS Y LOS FALSARIOS DE LA HISTORIA.

Metiéndose por debajo de las puertas, y entrando en las casas sin pedir permiso y á guisa de ratero, anda por Madrid una entrega primera de la *Historia de los Papas y de los Reyes*, impresa en Barcelona.

No crean nuestros lectores que se dice á humo de papas lo de la impresion de Barcelona; pues, á la verdad, aunque en Madrid se imprime mucho malo, y rematadamente malo, siquiera no se imprime aquí esa pelota escarabajera, conjunto de mentiras, ridiculeces, patrañas y calumnias históricas, que se titula *Historia de los Papas y de los Reyes*.

Principiaremos por copiar la portada por entero, y eso que es larga como un día sin desayunarse. Pero no... mas vale dejarla, y consignar que la obra la escribe un tal Mauricio de la Chartre, que la traduce un abogado de los tribunales del reino, y la publica el editor Juan Pons.

Decia días pasados el Sr. Figuerola que los catalanes, sus paisanos, son muy industrioses, pero tambien muy dados al fraude; y que no solamente falsifican moneda, sino todo lo que pueden falsificar. Esto no habrá gustado á sus paisanos, ni es para gustar á hombres de bien; pero yo en esa cuestion hago como el sastre que, cuando reñian su mujer y la suegra, ponía un pie en la calle y otro en el portal de la casa, diciendo á las partes contendientes: *Yo ni entro ni salgo*. Hay en Cataluña hombres honradísimos, y los pícaros están en una reducidísima minoría; pero bastan para afrentar á los buenos. Que allí se falsifican monedas y billetes, y otras mil cosas, lo dicen ellos mismos, y lo gritan los petardeados. Hoy, á vista de la primera entrega de la *Historia de los Papas*, impresa en casa de Pons, añado que allí se falsifica tambien historia, ó por lo menos se resella con armas de Castilla la plata *agria* y plomiza que acuñó en francés M. Mauricio.

Desde que vi el prospecto, que me dió un amigo para que me divirtiera (fue su frase), me comprometí á cogerle una mentira, por lo menos, en cada página. Se tuvo esto por exageracion; pero á mí me bastó ver el prospecto, escrito en tonto, para ratificarme en lo ofrecido.

Proponíase el prospecto seguir la táctica de un hombre público muy notable, el cual decia en el Parlamento, que seguiria dando disgustos á los absolutistas en nombre de la libertad. Eso no reza conmigo, que no soy ni he sido absolutista, y eso que necesita uno ponerse bien en los estribos para no serlo, á vista de las libertades que se toman hoy día los señores radicales españoles, de voraz recuerdo; pero á bien que los absolutistas, si los hay en España, serán bien tontos en tomar por lo serio y darse un mal rato por la *Historia de los Papas y los Reyes*.

Afeitaba un barbero de la Mancha á un pobre recluso, y mientras lo desollaba vivo, le decia que le estaba afeitando con un *verduguillo* magnífico, pues lo habia usado el Emperador Carlos V en el monasterio de Yuste. Mas viendo que al pobre blanquillo le rodaban por

las mejillas unos lagrimones como nueces, le preguntó afablemente:

—¡Lloras, Alonso! (Era de provinciales.)

—Sí tal, respondió el pobre muchacho; pero *es de gusto*, al considerar lo que debió pasar Carlos V con *esa herramienta*, que parece un verdugo entero.

La *Historia de los Papas* es ni mas ni menos que el *verduguillo* manchego. A mí me ha hecho llorar, pero de puro gusto. Es cuestion de temperamentos: recuerdo que, siendo estudiante, me reí tanto en una comedia casera, que llegué á llorar.

Pero al fin lo ofrecido es deuda, y vamos á sacar los desatinos del Sr. Chartre á disparate por página. La introduccion que se mete por debajo de las puertas, y tambien se coló por la de mi habitacion, tiene solamente ocho páginas de lectura: lo demas se va en láminas, portadas y ante-portas; es decir, papel en blanco, ó poco menos. En sacando ocho desatinos en las ocho páginas de testo, estoy fuera del paso.

En rigor, bastaria con sacar un desatino *gordo*, que valga por ocho; y con decir que el autor y el traductor se tragan la estúpida, ridícula y desatinadísima patraña de la Papisa Juana, habia mas que suficiente para probar que sus tragaderas históricas son capaces de pasar el cimborrio del Escorial como una píldora; y que su estómago crítico se parece al del avestruz, en que, á falta de otra cosa, apechuga con hierro y piedras.

Estoy seguro que para las personas medianamente versadas en la crítica histórica les bastará que se les diga que la supuesta historia (pues en siendo mentira no es *historia*) admite la patraña de la Papisa Juana, para que den al traste con la entrega primera y con toda su paciencia; pero, á fin de no rehuir el compromiso, voy á sacarle ocho desatinos en las ocho páginas únicas que han entrado por debajo de mi puerta, en mal hora para ellas; pues mas cuenta le hubiera tenido al editor que yo no la hubiera visto, á fin de que no denunciase los fraudes de su apestada mercancía.

Página 1.^a, y desatino primero. No es mas que media página de impresion, y toda llena de vulgaridades, declamaciones vagas é insultos callejeros. «La ilustracion del pueblo ha hecho desaparecer el ciego fanatismo.» ¿En qué quedamos? El pueblo, ¿es ilustrado, ó no? Todos los días estamos oyendo decir que es preciso ilustrar al pueblo, que el pueblo es ignorante. Todos los días los escritores de la calaña de M. Chartre están chillando contra el fanatismo. Si el fanatismo ha desaparecido, ¿á qué tanto chillar contra él y echarle la culpa de todo lo que sucede? Si no ha desaparecido, M. Chartre ha principiado su libro con una mentira de á folio (ó de *á foleo*, como dice el prospecto editorial), y es cosa triste soltar una majadería y una contradiccion á las primeras de cambio. Elijan M. Chartre y el abogado de los tribunales del reino la parte que quieran de este dilema. ¿Hay fanatismo? Pues miente el autor al decir que ha desaparecido. ¿No hay ya fanatismo? Pues el libro está de mas, y miente el prospecto al suponer que hoy tiene partidarios.

Añade en aquella misma página que los Papas «eran unos monstruos mas feroces que los de la antigua Roma y Bizancio.»

Los insultos no son razones, ni tampoco historia: no

pasan de ser música callejera. El llamar *monstruos* á los Papas en general, sobre insulto, es mentira; y van dos en la primera plana.

Pág. 2.^a, y desatino segundo. Casi toda la *pág. 2.^a* está reducida á declamaciones contra la Edad Media, si bien parece que el autor está describiendo las fazañas de Garibaldi, ó la sublevacion de los federalistas en Andalucía y Cataluña, segun que habla de incendios y destrozos. ¿Para qué buscar en tiempos remotos lo que está pasando ahora? ¿Para qué buscar en países extranjeros lo que acabamos de ver en nuestra casa?

Después de tres líneas de puntos suspensivos, en que el autor sin duda él mismo se echó *el lápiz rojo*, á guisa de fiscal de imprenta, dedica á la historia las seis líneas últimas de aquella página. Bástanos con la primera para coger un desatino, pero de los mas garrafales. «*Durante el reinado de Tiberio* nació un hombre hijo de Mirian, llamado Cristo.»

Hay en estas palabras un anacronismo supino, borricial, archiestúpido. Se necesita ser muy ignorante para confundir al Emperador Augusto con Tiberio: al que imperaba cuando nació Jesús con el que imperaba cuando murió. Cualquiera sabe que la *Era* actual data de César Augusto: ¿quién no ha leído el principio del Evangelio de San Lucas? Esto da la medida del autor y de su crasa ignorancia, y tambien del abogado traductor, que no ha tenido habilidad para coger este enorme gazapo. Con esto, y con decir que el autor acepta la estúpida conseja de la Papisa Juana, rechazada y ridiculizada hasta por Voltaire y los mismos protestantes, había bastante para desacreditar un libro, y al autor del libro, al traductor caudatario del autor del libro y al editor de la traduccion.

Si continúo sacándole otros seis desatinos en las seis páginas siguientes, será tan solo para hacer la burla mas pesada, y que sea esta en proporcion de la majadería, y no sin advertir al autor y al traductor que la Madre de Jesús se llamaba María, y no Miriam; que ningun coetáneo le da este nombre; que la conversion de *a* en *i* no es fácil en hebreo, y antes la declaran todos los gramáticos imposible en aquella lengua: y para ello no se necesita sino abrir cualquier gramática hebrea, y la misma del Dr. García Blanco, y conocer el sistema de vocalizacion. Si los poetas y los novelistas han dado en llamar *Miriam* á la Virgen María, debía saber tambien el supuesto historiador que no es permitido en la historia lo que apenas es tolerable en la poesía ó en la novela.

Pág. 3.^a, y desatino tercero. Esta página está plagada toda de los mas groseros dislates y anacronismos acerca de la propagacion del cristianismo: habla de estos y de la persecucion de los Apóstoles; y después de la persecucion de los Apóstoles, vuelve á tratar de las *del Hombre-Dios* y su muerte en un patíbulo. Cogeremos, por via de muestra, algunos de ellos.

«Los primeros cristianos fueron conocidos bajo el nombre de hermanos, de santos y de fieles.» Mentira: los primeros cristianos se reconocian entre sí, y se daban esos nombres de union y cariño; pero no eran conocidos por ellos. ¿Cómo es posible que el público y los gentiles los conocieran por esos nombres y los honraran con ellos?

«Estos hombres se dirigieron *secretamente* á Grecia.»

Mentira, pues fueron públicamente, y San Pablo peroró á presencia del Areópago, y antes en la plaza de Atenas. Los versos 16 y 17 del cap. xvii de los *Hechos de los Apóstoles* dicen: «Y mientras que Pablo los esperaba en Atenas, se inflamaba su espíritu dentro de sí mismo, viendo la ciudad entregada á la idolatría. Y así disputaba en la Sinagoga con los judíos y con los prosélitos, y en la plaza cada dia con los que se le ponian delante. Y algunos filósofos epicúreos y estoicos disputaban con él.»

Si el disputar en la plaza de Atenas y en el Areópago es ir á Grecia *secretamente*, no sabemos lo que entenderán estos señores por *cosa secreta*. Debioles suceder como al ciego que estaba escondido en medio de la calle, y á las doce del dia.

«Fueron á Roma mezclados con los judíos.» Mentira: pues en todas partes los Apóstoles procuraban separarse de ellos, y predicaban contra ellos.

«Los cristianos se separaron de la comunión judía hácia el año 60 de nuestra era.» Mentira: pues se separaron desde poco después de la muerte del Salvador. Por el verso anterior, y por otros muchos, consta que San Pablo y todos los Apóstoles predicaban contra ellos antes de ese tiempo.

«Los Apóstoles y sus sucesores vivieron en las catacumbas.» Mentira. Los Apóstoles San Pedro y San Pablo no estuvieron en las Catacumbas, sino que celebraban los oficios divinos en casa de algunos cristianos principales. Así lo prueba el Cardenal Wiseman en su preciosa disertacion sobre la Silla de San Pedro, que aun se conserva en Roma. Las reuniones en las Catacumbas no fueron en tiempo de los Apóstoles, sino después.

No hay fuerza ni paciencia para rebatir los otros muchos desatinos que contiene esta página, sobre sucesos tan sabidos y conocidos. ¿Qué se puede esperar de esto para los tiempos y hechos oscuros?

Pág. 4.^a, y desatino cuarto. «Cuando las iglesias recibieron una forma, distinguiéronse cinco Órdenes: los pastores de las almas, que eran los Obispos; los ancianos, que eran los sacerdotes; los creyentes ó iniciados, que asistian á las cenas de los cristianos; los sirvientes ó diáconos, y los catecúmenos.» No caben mas desatinos en menos palabras, pues creo que hay en esta cláusula tantos desatinos como palabras. No hay fuerzas para consignarlos todos.

El autor ignora hasta las nociones mas vulgares y rudimentarias de Derecho canónico: ignora que la institucion de los Obispos fue hecha por Jesucristo: confunde á los presbíteros con los sacerdotes, pues tambien los Obispos y los diáconos son sacerdotes, y lo fueron siempre. Ignora que la gerarquía se estableció en Jerusalem cuando no había iglesias, pues solo había cristianos en Jerusalem; y esta era iglesia única y singular, por lo que no se la puede llamar *iglesias*; que los diáconos eran antes que los legos ó meros creyentes; que los diáconos eran ministros, y no meros sirvientes: ignora que había otros ministros inferiores á los diáconos, verdaderos sirvientes y parte de la gerarquía: ignora que las Órdenes eran cuatro, y no cinco; á saber: Obispos, presbíteros, diáconos y ministros inferiores: ignora que los legos ó meros bautizados no tienen orden ninguno; ignora que los catecúmenos ni tienen orden ni pueden tenerlo, pues ni siquiera forman parte de la Iglesia.

¿Se les hacen á nuestros lectores muchos estos desatinos? Pues sepan que aun se pueden coger en esas líneas casi otros tantos.

¿Qué diremos acerca de lo que refiere en la misma página de Diocleciano, Galerio, y las supuestas conspiraciones de los cristianos, el escaso número de mártires y otras aseveraciones por el estilo? Todo ello es un tejido de errores, desatinos y mentiras, que no refuto por no alargar demasiado este artículo.

Pág. 5.^a, y desatino quinto. En ella se describe á Constantino con todos los negros colores con que suelen pintarle sus calumniadores y los enemigos de la Iglesia. «Llegó Constantino y colocó al cristianismo en el Trono. Desde este monarca observase entre los cristianos el mas furioso celo; persiguieron sin misericordia alguna... y obligaron con el hierro y con la hoguera á que los gentiles abrazasen la religion suya.» Así principia la página, y basta con la muestra para coger en esas pocas palabras varios desatinos.

Constantino no colocó el cristianismo en el Trono. Si es cierto lo que dice el autor de que no se bautizó hasta el fin de la vida, resultaría que no se hizo cristiano hasta poco antes de morir, porque para ser cristiano es preciso ser bautizado; y si Constantino no estaba bautizado, tampoco sería cristiano; y no siéndolo, no podia sentar el cristianismo en el Trono.

Afortunadamente, esa idea de haber dilatado Constantino el bautismo está desechada por los críticos, como tambien refutados casi todos los crímenes que le acumula La Chartre, siguiendo á escritores de mala nota.

Pero lo que es falso, y mas falso que el alma de Judas Iscariote, es que los cristianos desplegasen un celo furioso, ni menos que entonces se encendiesen hogueras contra los gentiles. Eso es un anacronismo histórico. El suplicio del fuego no se usó ni generalizó hasta el siglo XIII; por consiguiente, lo de la hoguera es tan mentira y embuste, como son embustes y mentiras lo que pintan las aleluyas ridículas de la primera entrega.

El cristianismo estaba tan generalizado en el siglo III, que si Constantino lo aceptó fue porque le traia cuenta, y como cálculo político, sin que por eso quiera yo rebajar su mérito.

El paganismo era ya objeto de ridículo: los cristianos no lo persiguieron á sangre y fuego; antes bien el senador Symmaco pedia aun á Teodosio, algunos años despues, que se restableciese en el Senado el ara de la victoria.

Pág. 6.^a, y desatino sexto. «Joviano y Valentiniano dieron la libertad de conciencia, con la cual los partidos se entregaron á su furor y á su odio.

»Teodosio se declaró por el Concilio de Nicea, y el Emperador Justino, que reinaba en la Iliria como tutor de Valentiniano, tuvo de proscribirlo (*sic*).» La traduccion es digna del original.

Joviano y Valentiniano eran fervorosos católicos, y no hicieron el desatino de dar *libertad de conciencia*: Valentiniano habia sido perseguido por el apóstata Juliano por ser buen cristiano: ¡buenas trazas para dar libertad de conciencia! Lo que hicieron ambos fue dejar á la Iglesia en libertad, en vez de oprimirla y perseguirla como Juliano.

Teodosio no tenia por qué aceptar el Concilio de Nicea, celebrado mas de medio siglo antes, ni para qué declararse por él. Era católico: el Concilio era ecuménico, y reconocido como tal, y á Teodosio, como católico solamente le tocaba obedecer y callar, como habian hecho Constantino y los demas. ¿Quiere decir La Chartre que antes de Teodosio los Emperadores no habian admitido el Concilio? Pues dice un desatino enorme, puesto que lo habian reconocido Constantino y todos los Emperadores católicos anteriores á Teodosio.

Lo del asesinato del Papa Anastasio por los sacerdotes, y otras muchas noticiotas consignadas en aquella página, son todas mentiras de á folio.

«Pepino, Rey de los francos, se alió sucesivamente con los Papas Zacarías y Estéban.»

Pipino (así lo llaman todos nuestros buenos escritores y literatos, no aficionados á ensaladas de traductores) vino á socorrer al Papa Estéban, sitiado en Roma por los longobardos, tiranos de Italia. Quizá M. La Chartre los defienda á estos por esa misma razon de ser tiranos, pues las tiranías ejercidas contra la Santa Sede hallan siempre entre los escritores de su calaña circunstancias atenuantes y aun eximentes; pero eso no quitará para que aquellos invasores fueran muy brutos: la historia de sus regicidios, asesinatos y atentados es horrible. Si Pipino libró al Papa y á Roma de la tiranía de aquellos bárbaros, nada tiene de particular que el Papa se mostrase agradecido y se aliara con el francés. De no haberlo hecho así, La Chartre le acusaria como ingrato.

A pesar de todo, y de la ferocidad de aquellos bárbaros invasores de Italia, el falsificador francés acusa á Carlo-Magno de usurpador de los lombardos. Segun esta teoría, los guardias civiles que echan de una casa á los bandidos, son usurpadores de la casa. Con ese desatino principia la *pág. 7.^a*, y continúa así:

Pág. 7.^a, y desatino sétimo. «Pascual I, llevado de su criminal audacia, mandó quitar los ojos y cortar la cabeza á Teodoro, primiciero de la Iglesia romana.»

Esta calumnia está ya desmentida. Es cierto que se acusó al Papa de la muerte de Teodoro y de Leon Nomenclator; pero el Papa juró sobre el altar y ante los enviados del Emperador, que ninguna parte habia tenido en aquellas muertes de los dos partidarios de Lotario, triste consecuencia de los disturbios políticos de aquel tiempo, y la crítica le absuelve de esa imputacion hecha por sus enemigos.

La fábula de la Papisa Juana, que pone el autor á continuacion de la muerte de Leon IV, es uno de los desatinos mas ridículos que se han inventado, y ya ha sido desmentido hasta por los mismos protestantes, y ridiculizado por Voltaire.

Esto basta para dar la medida del talento del autor y de su ningun criterio histórico. ¿A quién se le ocurre que una mujer fuera Papa, que esta, hallándose para parir, saliera presidiendo una procesion pública, pariese en medio de la calle, quedase muerta del sofocon, y los romanos fueran tan tontos que erigiesen una estatua en el sitio donde esto sucedió, para perpetuar la memoria de una cosa tan afrentosa? Ningun escritor antiguo lo dice, ni se halla noticia de ello hasta el siglo XVI, en que lo propaló un protestante alemán.

«Esteban VII, llevado de un furor salvaje, registra el

sepulcro de Formosa (*sic*), arranca su cadáver, y lo lleva á un sínodo.»

¿Qué culpa tienen los Papas legítimos por los atentados de los intrusos? Estéban VI ó VII, pues los tiempos son tan oscuros (896) que hasta la serie de los Papas en aquellos tiempos de rudeza y tinieblas es dudosa, subió al Trono Pontificio anticanónicamente, apoyado en una facción popular. Tanto él como su antecesor Bonifacio VI es dudoso que deban ser mirados como Papas. Subieron al Solio Pontificio siendo un par de malvados, en virtud de *pronunciamientos* de los que en aquel tiempo se hacían, como los que hacen ahora los *radicales*. Una facción popular lo hizo Papa, y otra facción popular se pronunció contra él, y poco después le echó del Solio Pontificio, y le ahorcó.

¿Qué nos importa á los católicos de lo que hiciera aquel hombre?

En todo caso, esas dos partidas de la subida *popular* y *democrática*, degollando á Estéban VI, su atentado *democrático* contra el legítimo Papa Formoso (no Formosa), y su *popular* abatimiento, son partidas que hay que rayar, no en la historia de los Reyes y de los Papas, sino en la de los revolucionarios y antiguos tribunos.

Pág. 8.^a, y desatino octavo. «Un sacerdote astuto, avaro y lleno de vicios compró á los tres Papas (los antipapas) sus infames derechos al Pontificado, y les sucedió bajo el nombre de Gregorio VI.»

En primer lugar, aquellos Papas no eran Papas, sino antipapas; y si eran antipapas, no tenían derechos, y si no tenían derechos, mal podía nadie comprárselos, porque á nadie se le compra lo que no tiene. Tampoco Gregorio VI fue Papa, sino antipapa, y como tal depuesto en el Concilio de Sutri. El hacer á la Iglesia católica responsable de los excesos de los antipapas sería lo mismo que hacer á los españoles responsables de los excesos de José Bonaparte y de los franceses en 1808.

«Hildebrando, este fraile de Cluny, este envenenador de los Papas, y uno de los sacerdotes más pícaros, usurpa la Santa Sede bajo el nombre de Gregorio VII.»

En primer lugar, Hildebrando, es decir, San Gregorio VII, no fue fraile, sino monje, que es cosa distinta; y no pudo ser fraile, porque entonces no los había, pues San Gregorio vivió en el siglo XI, y los frailes principiaron en el siglo XIII. Es una mentira solemne y calumnia grosera que San Gregorio envenenase á ningún antecesor suyo. Consta que se negó á aceptar el Pontificado, y que á duras penas y casi á la fuerza se le hizo tomar posesión, tumultuándose el pueblo romano, el *verdadero pueblo*, para hacerle que cediese á la unánime decisión del clero. Luego es falso que lo usurpara.

En cuanto á lo de *pícaro*, yo me guardaré de llamárselo á M. Mauricio La Chartre, por temor á los artículos del Código penal en materia de injurias; pero estoy seguro que no todos serán tan comedidos, y menos de palabra; y si los falsarios de la historia son equiparados á los falsificadores de moneda, creo que si estos son pícaros, y así se les llama, los falsificadores de historia deben ser también llamados *pícaros* á boca llena.

Con todo, conste que yo no se lo llamo.

En cuanto á las aleluyas, ó sean grabados, que acompañan á la obra, baste decir que son dignas del testo. Las que acompañan á la primera entrega son inmorales

y casi obscenas, falsas, disparatadas, sin conocimiento de trajes ni de costumbres. La que representa á San Pio V presidiendo el tormento de una mujer desnuda, á la cual están atormentando unos frailes dominicos, sería horriblemente impía si no fuera bestialmente anacrónica y estúpida. Ni los jueces aplicaban el tormento por su mano, ni en los tribunales de la Inquisición hicieron jamás los frailes dominicos, y menos en Roma, el papel de sayones y atormentadores.

Los autores de esas disparatadas láminas parece que se han propuesto reproducir las de la obra titulada *Theatrum crudelitatum hæreticorum*, aplicando á la Inquisición católica lo que hacían con los católicos las inquisiciones protestantes.

Por lo demás, el día en que algún católico quiera tomarse la revancha de esas calumnias históricas y de esas infamantes aleluyas, podrá hacer fácilmente otra obra sumamente verídica y mucho más importante, con recoger é ilustrar los hechos de los tribunos y dictadores antiguos y modernos, y de las traiciones, vilezas é infamias de los francmasones y revolucionarios modernos contra la Iglesia y todos los tronos y gobiernos legítimos.

La obra sería picante en extremo, y curiosa. La dificultad estaría en reducir á pocos tomos lo muchísimo que habría que decir.

VICENTE DE LA FUENTE.

P. D. Se suplica á los periódicos católicos la reproducción de este artículo para oprobio de los que publican tales desatinos, envenenando al público y falsificando la historia.

DE LA UNIDAD RELIGIOSA.

La importancia de la unidad religiosa, bajo cualquier aspecto que se la considere, y muy especialmente en cuanto á la consolidación de los Estados, es un hecho innegable en el orden histórico, una verdad constante en el orden moral, y un precioso recuerdo de las empresas grandiosas llevadas á cabo por el fervor de nuestros padres, cuyas nobles hazañas son nuestros más estimados timbres como católicos y como españoles.

Compuesto el individuo de elementos heterogéneos, no puede haber mayor oposición que la que existe entre su alma y su cuerpo; pues sus pasiones, sus afectos y extravíos, sus sentimientos, jamás siguen un curso igual; dominan sucesivamente; ya se eclipsan, ya reviven, ya se oponen y chocan, ya se unen y estrechan; ora, nutridos y avivados, arrastran al hombre á los mayores extravíos y al crimen, ora le escitan á las acciones más nobles y generosas. Quitemos el lazo misterioso que une estos dos elementos tan contrarios, espíritu el uno, materia el otro, y el individuo perece. Destruyamos el equilibrio de sus pasiones; prescindamos de la reacción y represión que ejercen las unas sobre las otras, y el hombre se convertirá en irracional. Es, por consiguiente, tan necesaria la unidad, que sin ella, según dejamos demostrado, el individuo muere, ó pasa á la clase más degradante.

De igual modo están basadas la familia y la sociedad; si en ambas falta la unidad que ha de dar impulso á su

marcha, y la precisa armonía para que los intereses particulares no predominen sobre el bien público, no tarda en presentarse la anarquía, el desorden, el caos; y solo el principio religioso puede evitar su cercana ruina, porque es el único capaz de ejercer aquel ascendiente moral é influencia indispensable en la consolidación de los Estados, restableciendo el comun acuerdo entre el orden político y social, y conduciéndolos por el camino de la verdadera prosperidad.

Así lo conocieron y practicaron los legisladores todos, tanto antiguos como modernos; pero cuando la unidad religiosa tomó mayor incremento, según era de esperar, fue á la aparición del cristianismo, que con sus doctrinas tan benéficas cuanto elevadas, abolió la esclavitud, colocó á la mujer en el rango de compañera del hombre, el padre mandó sin despotismo, el hijo obedeció sumiso y por convicción, se estableció cierta suavidad general de costumbres, un profundo respeto al individuo y á su propiedad, y un secreto impulso á proteger la debilidad, á socorrer el infortunio.

Si la unidad religiosa es imprescindible en la consolidación de los Estados, y si reflexionamos sobre cuanto encierra el cristianismo de vital y de fecundo para la civilización, manifiesta é innegable es la importancia de su unidad en las sociedades modernas. Merced á su irresistible poder, los siglos medios, que algunos sin piedad llaman *tiempos bárbaros*, y otros, con más generoso instinto, *tiempos heroicos*, se nos presentan entre una admirable atmósfera de fe y de unidad religiosa, y con un carácter grandioso y emprendedor. A la voz de un pobre, pero respetable ermitaño, conmuevese la Europa entera, se levantan inmensas naciones que, decididas, entusiasmadas, mirándose como hermanas, y llevadas de un fervoroso celo, rescatan el sepulcro de su Dios, y hunden el poder de la Media Luna, mejorando al mismo tiempo el estado de los vasallos, inspirando á los magnates de la tierra sentimientos más benignos en sus relaciones con los de humilde condición, y preparando la completa ruina del feudalismo. Tal fue el resultado portentoso de las célebres *Cruzadas*, de esa obra colosal debida al mágico influjo de la unidad religiosa. En España, la dilatada guerra de la reconquista nos ofrece ancho campo para reflexionar cuán óptimos frutos produce la unidad religiosa; porque sin esta, ora por la acción del tiempo, ora por la influencia de instituciones robustas, ora por la antigüedad de hábitos y costumbres, no prosiguieran nuestros padres con tanta constancia, por espacio de ochocientos años, en el empeño de recobrar palmo á palmo el país sobre los mahometanos; lo probable es, perdida esa unidad, que árabes y españoles se hubieran confundido, absorbiendo al débil el fuerte en poder ó inteligencia, que es justamente lo que sucedió en España á la invasión de los godos, los cuales, como no iban agitados por un espíritu religioso en sus conquistas, fácilmente se amalgamaron con los vencidos. En época bien reciente se vieron corazones generosos que, dominados del espíritu de la unidad religiosa, dieron gustosos su vida por defender la independencia de nuestra nación y el triunfo de la Religión del Crucificado, al grito heroico de ¡Dios, Patria y Rey! La opinión del insigne Balmes en esta materia es de grande autoridad.

«Lo que puede salvar á una nación (dice) asegurándola su verdadera independencia, es la unidad de pensamiento religioso, que hace de un pueblo un hombre solo... Lo que no consiguieron todos los esfuerzos de los gabinetes de Europa, lo consiguió la España, sirviéndola de poderoso auxiliar la unidad religiosa.»

Examinada la supremacía que adquiere un pueblo conservando la unidad religiosa, hagámonos cargo ahora de lo que en él sucede si la rechaza.

El ejemplo de Inglaterra nos basta. Se ingiere allí el protestantismo con su libertad de pensamiento, desaparece la unidad, y no habiendo fijeza en las ideas, es inútil buscar armonía ni constancia en los corazones, porque á estas grandes cualidades reemplaza la licencia en el libre exámen, y la discordia religiosa. Bien paladinamente lo confiesa Villiam Cobbet en su *Historia de la reforma protestante en Inglaterra é Irlanda*, cuando dice que las dos grandes llagas que en su seno lleva Inglaterra fueron causadas por la falta de la unidad de la Religión católica. En las revueltas de origen religioso, verificadas en Francia con motivo de la introducción del calvinismo, la carencia de unidad religiosa produjo el desborde de las pasiones, un secreto rencor y una inestinguible sed de venganza entre los contendientes, dejando además un vacío que no pudo llenar por completo ni aun el estermínio de los jefes de los dos bandos.

¡Tristes ejemplos que no debemos olvidar! Antes por el contrario, sírvannos para recuerdo de que las mismas causas producen idénticos efectos: y entre tanto, lamentemos muy de veras (aunque sin perder la esperanza de llegar á días más felices, en que las aspiraciones cristianas que abrigamos en lo más íntimo del corazón se vean plenamente cumplidas en nuestra patria y en todo el orbe católico) que el actual gobierno haya caído lastimosamente en la red de ser tan tolerante en punto á religión, como lo estima la moderna filosofía, arrebatándonos la inestimable joya de nuestra unidad católica, para dar plaza al cismático, y traer la peste del protestantismo á una nación que desde su cuna no conoce otro principio dominante que la unidad de pensamiento religioso, el cual está identificado con sus hábitos, usos, costumbres, leyes, tradiciones gloriosas, y además es un lazo que une su presente con su pasado, y un monumento augusto de grandiosos recuerdos.

ENRIQUE DEL CASTILLO Y ALBA.

DEL PASO DEL MAR ROJO POR LOS HEBREOS (1).

TERCERA PARTE.—ESTADO DE LOS LUGARES EN NUESTROS DÍAS Y EN TIEMPO DE MOISÉS.

El canal corre de Norte á Sud, cortando el Istmo en su parte más estrecha; saliendo de Puerto-Said, atraviesa en una longitud de unos noventa kilómetros los lagos de Menzaleh, vasta superficie de agua y de pantanos que se estiende desde Damietta hasta los alrededores de Pelusa, paralelamente á la orilla del mar, de la que solo le separa una estrecha lengua de tierra. El agua de estos lagos es una mezcla de salada y dulce, pues en ella se pierden las aguas de los brazos Mendesiano, Tanilico y

(1) Véase el núm. 29, pág. 82.

Pelusiano, cuyas desembocaduras hace tiempo están enfangadas. Pero no sucedía esto en la antigüedad; y sea que sus riberas estuvieran con diques, ó que el suelo se hallara mas elevado, esta vasta llanura, bien regada, era fértil, y alimentaba numerosos habitantes. Por todos lados se encuentran ruinas: las de Tanis, capital de Egipto en tiempo de José, se ven todavía; las guerras y los trastornos del Egipto han traído el estado actual.

El canal pasa por Kantara, sobre el camino de Siria; atraviesa las últimas lagunas del lago, y llega á El-Terdana, en donde empieza el terreno á elevarse hasta El-Guisir, punto culminante del Istmo. Mas lejos se encuentran dos nuevos pliegues del terreno, ó sean dos lomas: Tussun y el Serapeo.

Entre El-Guisir y Tussun se encuentra el estanque del lago Timsah, cuyo destino es bastante singular: en la antigüedad estaba alimentado con agua del Nilo por medio de canales que, habiéndose cegado, lo han dejado en seco hasta fines del año 1866: en esta época se introdujo agua del Mediterráneo, que desde mayo de 1867 lo llena completamente.

Mas allá del Serapeo, el canal atraviesa una gran depresion de terreno, que forma los estanques de dos lagos desiguales, llamados *Lagos Amargos*. La longitud de estos es de unos treinta y seis á cuarenta kilómetros; su mayor ancho de diez á doce: el grande es mucho mas profundo que el pequeño, cuyo fondo se encuentra, sin embargo, varios metros bajo el nivel de los dos mares. Los Lagos Amargos están limitados hácia el Sud por la loma de Chaluf, que los separa de la llanura de Suez, vasta estension de terreno llano, que concluye en el Mar Rojo, cuyas aguas le cubren casi entero en la época de las grandes mareas.

Hoy el Mar Rojo termina en la villa de Suez, construida sobre una laguna que se seca casi en cada marea, dejando solo un canalito estrecho que permite á los barcos comunicarse con la rada, situada á una legua de la villa, al pie de los montes del Ataka. La poblacion tiende á variar de sitio y á reconstruirse á orillas de la rada, sobre el terraplen de un banco de arena donde el Virey ha construido un arsenal y la compañía de Suez establecimientos importantes.

El terreno del Istmo en todo lo largo del canal es casi llano, pues las lomas de que hemos hablado son simples pliegues de terreno de algunos metros de altura. El mas elevado, el de El-Guisir, no tiene mas que veinte metros sobre el nivel del mar. Pero en la ribera occidental, los Lagos Amargos están rodeados de una sierra pequeña ó altas colinas, sierra llamada *Gebel-Geneffe*, cuyo pico de Chebrewet es el punto mas elevado y el único notable: estas colinas empiezan con el pliegue del Serapeo, y terminan antes de Suez, donde se elevan con la sierra del Ataka, de la que son último ramal.

El estanque de los Lagos Amargos ha formado en otro tiempo parte del Mar Rojo, del cual ha sido separado por el levantamiento de la loma de Chaluf y del llano de Suez: este hecho está atestiguado por pruebas irrecusables. En efecto: en la orilla del mar, en Suez, el suelo está en ciertos puntos formado por una aglomeracion de conchas aglutinadas formando una roca grosera, y en tan buen estado de conservacion, que no cabe duda que en época reciente aun formaban un banco en el fondo

del mar. Ahora bien: para ponerlas en seco ha sido preciso que el terreno se haya levantado varios metros.

Pero la prueba mas notable es la existencia, en medio de los Lagos Amargos, de un inmenso banco de sal, residuo de la evaporacion de toda la masa líquida contenida en él, y que, no viéndose renovada por ninguna corriente de agua, se ha evaporado por completo. De un folleto publicado por M. Cadiat, ingeniero de la compañía de Suez, tomo algunas palabras relativas á este banco y á la naturaleza de los terrenos del fondo del lago.

Las orillas están compuestas de arena dura, mas ó menos mezclada de piedras, yeso, arcilla, etc.

«Cuando se baja (de las orillas hácia el centro) en el estanque de estos lagos y se llega al fondo, se atraviesa una zona de yeso y otras sales de cal, primeros sedimentos de las materias menos solubles, dejadas por el agua del mar que en otro tiempo llenaba estos estanques, cuando su comunicacion con el mar Rojo se interrumpió, y cuando empezó á concentrarse por efecto de la evaporacion. Se pasa en seguida sobre una zona de terreno negruzco, húmedo, muy flojo, que debe este estado á filtraciones subterráneas, y tambien sin duda á la liquescencia de los cloruros depositados por el agua del mar, los cuales nunca llegan á secarse completamente. Por fin, en el centro, y descansando sobre estos terrenos, se encuentra el banco de sal depositada durante el último período de concentracion del agua de los estanques; sus dimensiones son considerables: su espesor, que á veces alcanza hasta siete y ocho metros, es, por término medio, de tres metros; tiene trece kilómetros de largo; su mayor ancho es de seis kilómetros.

«Imagínese una inmensa torta de sal, de dos á tres metros de grueso, que cubre una superficie mayor que la de Paris, y se tendrá una idea del cubo de sal que se ve en aquel punto.»

Añadiré que nada hay mas grandioso que el espectáculo que presenta, desde encima de este banco, el aspecto del vasto estanque de este mar secado, que se estiende hasta perderse de vista por todos lados.

El banco de sal descansa, no sobre terrenos flojos, como se creía cuando escribia M. Cadiat (febrero, 1868), sino sobre una capa inferior formada de arena sólida y arcilla: tambien tiene un espesor mucho mayor, que alcanza hasta diez ó doce metros. Los terrenos flojos se han corrido bajo la enorme presion del banco, que ha venido así á colocarse sobre el terreno sólido, haciendo rebasar el fango por los costados: este fango es el que forma alrededor del banco una zona ó cintura de terrenos flojos y húmedos, que solo se puede atravesar en ciertos puntos algo solidificados: se siente, sin embargo, temblar el terreno bajo sus pies, y se clavan sin dificultad ninguna largas varillas flexibles.

«En cuanto se introduzca el agua en el estanque, añade M. Cadiat, este banco de sal empezará á disolverse; se puede deducir por esperiencias que en este momento se están ejecutando, que esta disolucion se hará rápidamente, y que todo el banco estará disuelto cuando el estanque se llene.»

El agua del Mediterráneo ha empezado á entrar en abril de 1869; en este momento (agosto de 1869) se hace que el agua del mar Rojo llegue; en octubre las aguas habrán alcanzado su nivel. En cuanto al banco de sal,

dos ó tres meses hace ya que está cubierto, y nadie podrá indudablemente contemplar en adelante el imponente espectáculo que ofrecía.

En todo el Istmo, desde el Mediterráneo á Suez, se encuentran ruinas de pueblos, canales, caminos, sepulcros, etc., que muestran que este país, transformado hoy en árido desierto, era en otro tiempo fértil, y estaba regado por las aguas del Nilo. Por el lado del Mediterráneo el terreno parece haber descendido; se ha elevado, al contrario, por el lado del mar Rojo, que en lugar de detenerse en Suez se extendía hasta Serapeo. Como sucede generalmente en esta clase de golfos, que son una entrada del mar en el interior de las tierras, la profundidad del agua era en él muy variable; podía ser de unos veinte metros en el estanque del lago mayor, diez ó doce en el pequeño, dos ó tres en el llano de Suez, mientras que había en Chaluf un fondo vadeable probablemente en ciertas épocas del año.

Tal debía ser el estado de este país en una época dada de la historia, y muy probable en tiempo de Moisés, si se atiende á una circunstancia mencionada en la Biblia. En efecto: en la octava plaga, la langosta fue precipitada en el mar Rojo por un recio viento de Oeste (*Ex.*, x, 19), lo que se concibe muy bien si cubría los Lagos Amargos: pero esto mismo se comprendería con menos facilidad si se detenía en Suez. Además, la perfecta conservación de las conchas, que llenan casi enteramente el fondo del lago pequeño, y forman bancos considerables en varios sitios del grande, determina una fecha relativamente reciente para la época del desecamiento.

Nos resta ahora indicar los puntos mencionados en la Biblia, y señalar el desarrollo y la marcha de la acción desde el punto de vista de las distancias.

No hay dificultad alguna para la posición de Tanis, Memfis y la tierra de Gessen. Tanis estaba en el brazo tanítico, cerca del Mediterráneo. Memfis estaba no lejos del actual Cairo, y aun se ven sus ruinas cerca de las pirámides de Ghiseh; señala también Bessatun ó Baccatun, residencia de Moisés. La tierra de Gessen está al Sud de la provincia de Charquieh, ocupaba parte de esta, y se extendía hasta el desierto, es decir, hasta el llano situado entre el Cairo y Suez, el cual por su elevación no ha podido nunca ser regado por las aguas del Nilo. Todos están conformes en las posiciones indicadas: pero es completa la incertidumbre en cuanto se refiere á la geografía especial del *Exodo*, es decir, á Ramessés, Etham, Fihahiroth, etc.

M. Lesseps ha fijado con mucha probabilidad la posición de Ramessés: hay un punto en que se ven las ruinas de una villa, donde se ha encontrado una estatua de Ramessés II en granito rosa de Syena; cree que esta villa es el Ramessés de la Biblia; soy del mismo parecer, pues cumple con todas las condiciones indicadas arriba: está situada hácia el medio del límite Sud de la tierra de Gessen, á mano de los hebreos, que habitaban esta, y de Moisés, que residía cerca de Memfis.

Coloca en seguida M. Lesseps á Socoth en el punto llamado *Macfar*: Socoth en hebreo quiere decir *pueblo de las tiendas*: *Macfar* tiene en árabe la misma significación, y la razón etimológica es aquí muy aceptable, pues *Macfar* reúne las condiciones necesarias: es una llanura

atravesada por un canal, y situada á unos cinco kilómetros de Ramessés.

Todas estas indicaciones están consignadas en el dibujo del Istmo, hecho á vista de pájaro, que M. Lesseps ha publicado en 1860, y hasta aquí me adhiero completamente á su opinión; pero me separo de ella en el resto del itinerario que señala, para llegar á hacer pasar á los hebreos en una fuerte marea por la playa Norte del Mar Rojo, prolongada hasta Serapeo.

Hé aquí la posición que marco á los lugares mencionados en la Biblia:

Coloco á Etham en el Serapeo, en el extremo Norte del Mar Rojo; es el último punto del Este donde se encuentran ruinas y vestigios de los canales: mas allá es el desierto de Siria, cuyo nivel se eleva de modo que no puede llevarse á él las aguas; Etham está, pues, *in extremis finibus solitudines*. (*Ex.*, xiii, 20.)

Esto supuesto, los montes de Magdalo, que formaban los puntos estrechos entre el Mar Rojo y el desierto, *coarcti sunt in terra, conclusit eos desertum*, son Gebel, Geneffe; Belsefon es Chebrewet, único picacho notable; Fihahiroth es la llanura situada entre este monte y el mar, y el lugar donde acamparon los hebreos es la parte de esta llanura situada al pie de Chebrewet: *Reversi castra metentur e regione Phihahiroth quæ est inter Magdalum et mare contra Beelsephon: in conspectu ejus castra ponetis super mare*.

El vado por donde los hebreos creían evidentemente iban á pasar (pues al salir de Etham ni Moisés ni ellos contaban con un milagro), era Chalufi: no pudieron llegar á él porque Faraon, desembocando por las alturas de Chebrewet, *levantes oculos*, les cortó el camino por los dos lados, acorralándolos contra el mar. El ancho del llano, que es de unos cuatro á cinco kilómetros, tiene precisamente las dimensiones necesarias para acampar una multitud de tres millones de hombres y para la manobra del ejército egipcio, cuyo itinerario vamos á señalar.

El camino indicado en el mapa de M. Larousse desde la estación de Arvebel hasta Ismailia, no implica el que se halle trazado y construido como lo están los nuestros; debe saberse que el terreno está en su estado natural; solo que su disposición es tal, que se puede pasar fácilmente por él; es practicable para caballos y carros sólidos, como debían serlo los de guerra, y como lo son en nuestros días los de la artillería. La caballería de Faraon, que venía en línea recta á Belsefon por el desierto de Memfis, franqueando por allí los montes de Magdalo, vino á sorprender á los hebreos.

Estos últimos atraviesan á pie enjuto, durante la noche, el mar que tienen delante; en las orillas, el fondo es sólido; pero en medio encuentran el fango, cuya superficie, endurecida y cubierta con esas vegetaciones submarinas que crecen siempre en semejantes lugares, es practicable por hombres á pie. Pero cuando á su vez llegan los egipcios, sea que la superficie endurecida, cansada por el paso de los hebreos, cede á la presión de las ruedas de los carros, sea que un nuevo milagro se produzca, caen las ruedas, y los carros se meten en la tierra floja, *et subvertit rotas curruum ferebanturque in profundum*. (*Éx.*, xiv, 25.) *Abyssi operuerunt eos, descenderunt in profundum quasi lapis*. (*Éx.* xv, 5.) Hé ahí la explicación de estas imágenes y la de la palabra

profundum; es sorprendente, y parece que no pueda haber otra.

La profundidad del agua y el ancho del mar convienen igualmente: este último es de unos diez á doce kilómetros; la profundidad es fácil de calcular, pues la superficie superior del banco de sal está precisamente ocho metros mas bajo que el nivel del mar; contando dos ó tres metros por lo que el terreno se haya levantado, cuatro ó cinco metros de fango, y ocho á diez metros de espesor del banco de sal, llegamos á quince ó diez y seis metros; lo que concuerda con los muros de agua de que habla la Biblia. *Erat enim aqua quasi murus à dextra eorum et læva... Aquæ exierant quasi pro muro, à dextris et sinistris.* (Éx., xiv, 22, 29.)

Después de haber pasado el mar, y de haber asistido al terrible espectáculo de la destrucción de Faraon, los hebreos marchan tres días en el desierto del Sud, no encuentran agua, y vienen á acampar en Mara, en donde encuentran aguas amargas, que Moisés hace potables poniendo en ellas ciertos arbustos. M. Lesseps nos dice que este procedimiento está todavía en uso entre los árabes beduinos que recorren este país. Moisés pudo haberlo aprendido en Arabia cuando llevaba á pacer los rebaños de Jethro, y en efecto, estas palabras: «Mas él clamó al Señor, el cual le mostró un madero, y habiéndolo echado en las aguas, se endulzaron,» *At ille clamavit ad Dominum, qui ostendit ei lignum; quod cum misisset in aquas, in dulcedinem versæ sunt.* (Éx., xv, 25); estas palabras, digo, parecen hacer consistir el milagro mas en la indicación de la madera, que en su propiedad. Llegan después á un lugar llamado *Elim*, donde habia doce fuentes y setenta palmeras: este lugar se conoce todavía; está situado al Sudoeste de Suez, en la orilla Asia, y á algunos kilómetros del Mar Rojo; forma un pequeño oasis, en el cual hay siempre palmeras; los manantiales alimentaron de agua á la villa antes de la construcción del camino de hierro del Cairo y del canal de agua dulce de la compañía de Suez; lleva el nombre de *Fuente de Moisés*.

Hé aquí ahora el resumen de los movimientos de los hebreos y de los egipcios, con indicación de las fechas y de las distancias, medidas en línea recta: desde Pascua hasta el día del milagro pasaron siete días (Éx., xii, 16, 17), desde el 15 al 21, como es fácil deducirlo de estas palabras: «El primer día será santo y solemne, y el día séptimo será venerado con igual solemnidad... Porque en este mismo día sacaré vuestro ejército de la tierra de Egipto.» Indiquemos el empleo y la distribución del tiempo.

En la noche del 15, salida de Ramessés; llegada á Socoth al amanecer; distancia recorrida, 9 kilómetros; permanencia de veinticuatro horas en Socoth, y llegan sucesivamente los diversos contingentes hebreos: Socoth dista de 40 á 50 kilómetros de los puntos mas lejanos de la tierra de Gessen, y estas distancias las andan fácilmente en veinticuatro horas pequeños grupos, bien dispuestos y preparados por la celebración de la Pascua. Llegan Moisés y Aaron de Memfis, franqueando una distancia de 112 kilómetros, en diez ó doce horas, en buenos caballos; les queda así el tiempo necesario para ver á los jefes y para tomar posesión del mando superior.

El 16, por la mañana, salida de la multitud hebrea;

llegada á Etham; distancia en línea recta, 22 kilómetros; distancia recorrida en realidad, 24 á 25 kilómetros.

El 17, por la mañana, salida de Etham; acampan los hebreos en Fihahiroth, á orillas del Mar Rojo, junto al picacho de Beelsefon: distancia recorrida, 20 á 22 kilómetros. Los hebreos permanecen en este punto hasta el 20 por la noche.

En la mañana del mismo día 17, un comisionado egipcio sale de Etham para Memfis: distancia en línea recta, 124 kilómetros, fáciles de recorrer en diez ó doce horas para un jinete que monte un buen caballo ó un dromedario de marcha.

Llega por la tarde á Memfis, é inmediatamente se dan las órdenes al ejército para estar pronto á marchar al amanecer siguiente con víveres para tres ó cuatro días, que durará el atravesar el desierto.

El 18 por la mañana sale el ejército para Beelsefon; la caballería y los carros en vanguardia; distancia que tienen que recorrer, 112 kilómetros.

El 19, el ejército egipcio está en marcha.

El 20 por la mañana la caballería, después de cuarenta y ocho horas de camino, desemboca en las alturas de Beelsefon, toma posición y rodea á los hebreos: niebla que separa los dos ejércitos; la infantería llegará el 21 por la mañana.

El trayecto de 112 kilómetros recorrido en cuarenta y ocho y setenta y dos horas, exige para la caballería dos etapas de 56 kilómetros, y para la infantería tres de 38 kilómetros; están perfectamente en los medios que tienen tropas frescas, bien equipadas, bien provistas, y en las que estaba cada soldado animado de una pasión personal contra el enemigo.

Noche del 20 al 21: paso del mar Rojo por los hebreos: distancia recorrida, de 10 á 12 kilómetros.

El 21 por la mañana llegan á la otra orilla los últimos hebreos; los egipcios entran en el mar Rojo; distancia recorrida, 5 á 6 kilómetros. Vuelven las aguas á su estado natural; los últimos batallones del ejército egipcio llegan á las alturas de Magdalo, y asisten espantados al desastre de la caballería y de los carros de guerra.

Esta exposición del insigne milagro de la libertad de los hebreos no ofrece las dificultades opuestas con justicia á las propuestas hasta hoy. Solo una objeción puede hacerse: el lugar indicado para el paso en medio del mar, ha estado mucho tiempo separado del mar. ¿Lo estaba ya en tiempo de Moisés? He dado las razones que inclinan á pensar lo contrario; la coherencia y la conveniencia de las demás partes del sistema, dan ahora nueva fuerza. ¿Pero no puede esperarse que se encuentre una prueba mas convincente? Lo que hoy parece una objeción, ¿no podrá llegar á ser victoriosa é irrefutable demostración?

La porción del ejército egipcio sepultado en el mar Rojo se componía, según Josefo, de unos quince mil hombres; además habia seiscientos carros escogidos entre todos, porque habian podido reunirse en todo mil ó mil doscientos carros; nunca se ha encontrado resto ninguno de esta destrucción, pero no se han perdido todas las esperanzas.

Los carros enfangados han descendido *in profundum*, sobre el terreno sólido; de modo que después del desecamiento de los lagos, se han encontrado cubiertos por

el banco de sal y por la zona de terreno negruzco: si la acción del tiempo no los ha destruido ya, allí deben estar. Ahora bien: la disolución del banco de sal va á poner á la vista el fondo sólido: el barro flojo va á tomar su posición primitiva, y la capa endurecida se reformará con lentitud; por fin estos lugares, tanto tiempo desiertos, van á ser uno de los pasos más frecuentados. Todas estas circunstancias hacen posible el descubrimiento de algunos restos, ya por efecto de una feliz casualidad, ya á consecuencia de investigaciones emprendidas con este objeto. Serían fáciles en este momento, pues hay en el Istmo una porción de grandes dragas que pueden trabajar á esta profundidad, y gran número de buzos experimentados: organizando el trabajo en los lagos á los alrededores de Chebrewet, creo firmemente que se encontrarían herrajes de bronce ú otros objetos de los carros de Faraon.

Las excavaciones y pesquisas arqueológicas llevadas á cabo en nuestros días con tanto ardor y éxito, piden generalmente más tiempo, trabajo y gasto, y no tienen un objeto tan importante. Y sin embargo, este es solo el menor punto de vista de este objeto: su verdadera grandeza consiste en ofrecer una confirmación del célebre milagro de Moisés; confirmación que no es ni una necesidad ni un auxilio para la fe; pero que sería para ella un triunfo.

Termino haciendo votos para que esta empresa, digna á la par del interés científico y del celo religioso, y en cuyo éxito tengo plena confianza, seduzca alguna de las personas que por su fortuna ó por su posición se encuentran en estado de realizarlas: merece ciertamente el honor de una tentativa.

LECOINTRE.

VIRGINIA,

O ROMA EN TIEMPO DE NERON.

Novela escrita en francés por VILLEFRANCHE, y traducida por D. FRANCISCO MELGAR.

(Continuación) (1).

En las bóvedas más altas, que el incendio sitiaba pero que todavía no alcanzaba, el amor maternal dió un ejemplo digno de eterna compasión. Saliendo de en medio de las llamas, apareció una leona con un cachorro en la boca. Nadie puede decir cómo se había escapado de su jaula. Acaso, impulsada por su rabia, había roto las barras de hierro; acaso se había hundido el piso de madera, y ella se había lanzado á través del fuego, no por sí, sino por aquel fruto de sus entrañas, cuyo peligro le hacía olvidar el riesgo propio. Iba y venía por la cúpula del edificio circular; parábase á veces, y sus miradas ora se fijaban en el fuego que iba subiendo, ora sondeaban la profundidad del abismo exterior; pero estaba casi á ciento cincuenta pies del piso de la calle, y no descubriendo ninguna probabilidad de salvación, lo mismo hacía adentro que hacía afuera, continuaba su furioso paseo, triste, con la cola entre las piernas, las orejas caídas, la boca entreabierta y el leoncillo en medio con las piernas colgando por uno y otro lado. El edificio más inmediato era un pórtico, que formaba el circuito de una Basílica. La leona miraba en aquella dirección, después volvía á contemplar las llamas, luego tornaba al pórtico. Este no se hallaba á una distancia horizontal

estremada, pero sí á una profundidad inmensa, y más abajo se presentaba el duro piso de piedra.

Sin embargo, las llamas seguían creciendo; ya la llegaron á encerrar como en un círculo, ocultándola á las miradas de todos el humo espeso que la cercaba, y entonces, bajando la cabeza, procuró ocultar su cachorro debajo de su pecho para librarle de sus sufrimientos. Por fin, al retirarse un torbellino que la había envuelto más tiempo que los otros, parecieron borrarse sus vacilaciones. Reculando algunos pasos, con objeto de tomar empuje, lanzóse de un salto enorme hácia el pórtico.

Si hubiese estado sola y descansada, hubiera indudablemente salido vencedora en aquel prodigioso salto, y ganar un asilo, siquiera provisional. Pero sus anteriores esfuerzos la habían ya fatigado, y las llamas habían desollado sus costados en más de un sitio. Además llevaba á su hijuelo, y aquel peso adicional la arrastró con la cabeza hácia abajo. Sus patas delanteras fueron las únicas que alcanzaron la orilla del resbaladizo techo; doblada por la mitad, con una parte de su cuerpo sobre el techo y la otra colgando hácia afuera, arañaba furiosamente el mármol con sus crispadas uñas, sin servirse de la boca, por no soltar su cachorro, y agitaba sus patas traseras hácia abajo, golpeándolas contra la muralla, pero sin encontrar un punto de apoyo. Aquel terrible esfuerzo no podía durar. Poco á poco sus miembros se aflojaron; por última vez recogió sus fuerzas para arrojar al techo, pero era imposible. Sus patas traseras dejaron de moverse; las delanteras resbalaron del punto en que se apoyaban, y rodó como una masa inerte, procurando todavía volverse en el aire para caer sobre sus patas; pero no tuvo tiempo, y un momento después yacía inmóvil, tendida hácia arriba, con las patas en el aire, y rota la columna vertebral.

El leoncillo rebotó sobre su destrozada cabeza, y á eso debió no quedar también estrellado. Hallósele agazapado en el seno materno, procurando mamarle todavía, y quejándose como un gato pequeño. Un espectador compasivo le recogió; pero sobrevivió á la leona muy pocos días.

Entre los cautivos abandonados por sus guardianes no había únicamente animales; también había hombres en las cárceles. Los que pasaban, apresurando el paso, junto á las negras murallas de estos edificios, oían sus gritos; pero nadie tenía tiempo para pensar en ellos.

Hacia el final del segundo día alcanzó el fuego á la prisión mayor de Roma, que no era la Mamertina. Durante algunas horas el espesor de la piedra detuvo los progresos del incendio; pero los prisioneros, que nada sospechaban, no tardaron en sentir un intenso calor, y distinguieron en los techos fuertes chasquidos, acompañados de espantosos fulgores. Llamaron á los carceleros; ninguno acudió. Entonces estallaron los gritos de terror, las imprecaciones, las súplicas inútiles. Los presos, desesperados, se arrojaban contra los muros, que era imposible romper, y los resplandores eran á cada momento más vivos, el calor más sofocante, y el peligro más próximo.

La habitación más grande, que contenía muchos centenares de hombres, tenía por ventanas, á diez pies sobre el suelo, estrechos agujeros atravesados en todas direcciones por macizas barras de hierro, afianzadas en la piedra. Los presos subieron unos en los hombros de otros, y trataron de romper los hierros; pero la fuerte piedra y el cemento romano desafiaban con su solidez á los destructores; en Roma se construía para una eternidad.

Los infelices buscaron entonces una puerta más débil que las otras; probaronlas todas sucesivamente, pero en vano. Reuniendo sus esfuerzos, se apoyaron todos contra ellas; en ninguna sonó el más pequeño chasquido. Quisieron arrancar las losas del suelo, cavar debajo de las puertas y debajo de los muros; por do quiera hacían causa común la piedra y el cemento; las uñas, únicos instrumentos de su desesperado trabajo, grababan apenas en ellos una ligera raya.

El calor seguía aumentando, el aire ardía; ya no pen-

(1) Véase nuestro número anterior, pág. 139.

saron en escaparse, sino únicamente en respirar. Los que habian trabajado con mas ahinco fueron los primeros en cansarse, y cayeron en tierra jadeantes. Muchos buscaban las ventanas, pero encontraban la atmósfera exterior mas abrasadora que la interior. A la exasperacion sucedió el abatimiento; la inmovilidad al frenesí; amontonábanse en los rincones, donde, al parecer, podría respirarse por algun tiempo mas, se echaban con la frente junto al suelo, que conservaba aun alguna frescura, y esperaban la muerte.

Cada celda donde languidecia un preso solitario, presenció los mismos esfuerzos verificados por individuos aislados. No hubo en aquel espantoso dia ni una puerta ni una ventana de la cárcel que no tuviese que sufrir un choque; tampoco hubo una que cediese.

Pero ya los techos se desplomaban y las verjas de hierro se enrojecian. Detrás de aquellas verjas habian podido verse las horribles muecas de horrosos espectros que se aferraban todavía á ellas, asomando sus cabezas calvas por las llamas, y pidiendo socorro mucho tiempo despues de haber perdido toda esperanza de obtenerle. Despues volvan á caer unos tras otros, maldiciendo á Roma, al Emperador y á los dioses; y el incendio rodaba sobre sus cabezas, y bajo los hundidos techos y entre los muros, que negros y desnudos se levantaban, no se oia mas que el sordo silbido del fuego, siempre atizado por el viento.

Pasaron otra noche y otro dia. Solo podia librar á los barrios que quedaban en pie todavía en la desdichada ciudad, ó la caída del viento, ó una gran lluvia; pero el viento no se calmaba, y el cielo continuaba sereno.

¿Qué hacia durante este tiempo el Emperador, aquel que reuniendo todas las dignidades, habia reunido todos los cargos y todas las responsabilidades del gobierno?

Neron estaba en Actium, donde la noticia del desastre ni pareció asustarle ni conmoverle. No volvió á Roma hasta el dia tercero, y no lo hizo para dirigir la organizacion de los socorros, sino para subir á la torre que se levantaba en medio de los jardines de Mecenas, y desde allí contemplar el espectáculo.

Era de noche. Las dos terceras partes de Roma no se presentaban mas que como una mole negra, calcinada y sumida en las tinieblas, pero de la cual saltaban acá y allá regueros de fuego, mal ocultos entre las cenizas. Templos, torres, obeliscos, reliquias de ocho siglos, yacian en tierra; los que quedaban en pie destacaban en un fondo de llamas sus siluetas inmóviles y negras, como tristes testigos de la inmensa ruina. El incendio, siempre voraz, rodeaba el espacio consumido, se extendía á lo largo del Tíber, ardía mas allá del Celio y del Aventino, é iluminaba el horizonte; únicamente interrumpian su continuidad las antiguas murallas de Servio Tulio, desenvolviéndose á traves del fuego como una gran cadena sombría, y abismándose en los valles para volver á subir á las colinas. El monte Capitolino, aquel paladion de los destinos romanos, habia sido hasta entonces respetado; veíasele surgir, con su corona de templos, como una isla en medio de un mar abrasado. Pasaban torrentes de humo, fragmentos de madera inflamada y torbellinos de centellas, arrastrados por el viento, por encima del campo de Marte y del Janículo, yendo á sembrar en los campos de Etruria las cenizas de Roma.

Neron estaba embelesado en medio de algunos cortesanos, entre los cuales se hallaban Petronio y Tigellin. Durante muchas horas contempló sin moverse aquel cuadro, mudo de asombro, y dejando solo escapar de vez en cuando exclamaciones como la siguiente:

—¡Esto merece que se venga á ver desde el fin del mundo! Desde la destruccion de Troya no se ha visto espectáculo semejante. ¡Es un espectáculo que hace exclamar: «¡Verle, y despues morir!»

Despues prorumpió en sollozos.

—¡Bah! ¡No es un desastre irreparable! dijo Petronio, cuya sensibilidad no se habia embotado por completo con el epicurismo. Dentro de tres ó cuatro años ni aun se conocerá.

Neron se volvió hácia Petronio, y, con ademán de soberano desprecio, dijo:

—¡No se trata del desastre! Para pensar ahora en el desastre es necesario carecer del sentimiento del arte. ¡Lloro, amigos míos, porque esto es demasiado hermoso! ¡Lloro porque comprendo que nunca volveré á ver nada parecido!

Tigellin le recordó que aun tenia millares de ciudades en sus dominios, y que podría renovar el espectáculo cuando quisiese.

—No; respondió Neron: en mis dominios no hay mas que una Roma.

—Pues bien, respondió Tigellin: cuando esté reedificada, volveremos á empezar.

—¡Hum...! Estas distracciones pertenecen á un género tal, que la prudencia impide abusar de ellas, dijo Neron, que tuvo un destello, no de compasion, sino de sentido comun.

—Vos sois el dueño, dijo Tegellin: Roma existe solo para que goceis de ella.

Neron nada respondió; habia vuelto á contemplar el incendio. Por fin se decidió, á duras penas, á abandonar su puesto, no sin haber vuelto muchas veces á mitad de camino.

—Vamos, dijo; venid á mis jardines, á mi teatro. Os cantaré mi oda sobre las ruinas de Troya. Ya vereis cuán bien se acomoda á las circunstancias.

Efectivamente, bajaron; montaron alegremente á caballo, y pasaron el Tíber, atravesando por los barrios abrasados, sin que por eso disminuyese el buen humor de Neron, el cual, volviéndose hácia Petronio, exclamó:

—¡Qué imbécil era el poeta que dijo: «Muerto yo, que arda el universo!» Debía haber dicho: «Vivo yo.»

—Y hubiéralo dicho á buen seguro, añadió Tigellin, si hubiese visto lo que acabamos de ver.

Cuando llegaron á los jardines de Neron, que cubrian la colina del Vaticano, colocáronse delante del escenario del teatrillo imperial, donde el artista coronado se presentó vestido de troyano, afinó su arpa, y entonó la oda prometida. Sus oyentes no escasearon, naturalmente, sus elogios. Ora escuchaban como estasiados, ora fingian la actitud del terror ó de la compasion; además, al acabar cada estrofa prorumpian en irresistibles aplausos.

Desde el teatro, que dominaba la corriente del Tíber y una parte de la ciudad, descubriase perfectamente el incendio, que seguía progresando. Neron le señalaba al cantar, y se estasiaba ante la exactitud de aquella decoracion. Arrastrado por su entusiasmo, repitió la oda muchas veces, y no se calló hasta verse vencido por la fatiga. Por último, habiéndole advertido Tigellin que el aire fresco de la noche podía estropear su incomparable laringe, consintió en retirarse para poder continuar al dia siguiente.

De suerte que Neron no miraba la espantosa calamidad que devoraba á su capital mas que bajo el aspecto artístico. Sin embargo, no tardaron en llegar á sus oidos los gritos de la doliente multitud, obligándole á distraer su atencion en muy diferente asunto.

El pueblo, sin trabajo y sin víveres de dia, sin un asilo de noche, acampaba en los jardines y plazas públicas, saqueaba los almacenes de comestibles y las tiendas no destruidas, y llevaba la insolencia, escusable por la extrema necesidad, hasta el punto de invadir las casas y arrojar á sus moradores para ocupar su sitio. La anarquía, el robo, el asesinato, estaban á la órden del dia. Poco á poco empezó á susurrarse que se habia visto al Emperador, indiferente y alegre, cantar en medio de la universal angustia, é indudablemente la indignacion y la desesperacion públicas hubiesen hecho justicia al autor del desastre, si este no hubiera tomado sus precauciones.

—Decidme, hijo de los destructores de Troya, preguntó á Cineas en la mañana del dia cuarto; ¿no habeis encontrado á Eneas llevando en hombros á su padre, ó á Creusea buscando á su marido?

—Señor, respondió Cineas, procurando sonreirse;

Eneas y los suyos salieron de Troya, y nada tenían que temer los vencidos de su venganza.

—¿Qué quereis decir?

—Quiero decir que la multitud, arruinada y hambrienta, busca alguien á quien atribuir su desgracia, y que ni aun á los mismos dioses perdona en sus imprecaciones.

—¿Y probablemente ni aun á mí mismo?

El ateniense se inclinó.

—Bien, lo tendré presente, añadió Neron. Nada me importan los patricios y la aristocracia; pero tengo en mucho no malquistarme ni con el pueblo ni con el ejército. Gracias, Apolo mio.

Mandó abrir el campo de Marte, el palacio de Agripa, el de Mecenas, y hasta sus propios jardines del Vaticano. Mandó comprar en Ostia y distribuir cuantos útiles é instrumentos de trabajo pudieron hallarse, y vació el Tesoro público, para hacer bajar el precio del pan.

—Yo volveré á coger todo esto á costa de algun senador gordo, decia. Pero mi popularidad... Tiene razon Apolo... ¡mi popularidad!

Volvió á llamar á Cineas, y le preguntó si estaba contento con las órdenes que acababa de dar.

—Señor, respondió Cineas; colmariais el escelente efecto que han causado si os presentáeis en las calles y dirigiéreis personalmente la resistencia contra la plaga que nos aflige.

—Eso no, dijo el Emperador, principalmente por la noche; tengo que cuidar la voz. ¡Se coge tan pronto un constipado! Pero os doy plenos poderes á vos y al pretor Hércules.

—Señor, es necesario aislar el fuego, medida en la cual nadie ha pensado todavía: es necesario derribar las casas próximas al Foro y al Viminal, sin lo cual se pierde el Capitolio.

—Hacedlo, respondió Neron; voy á mandar á Tigellin que ponga el ejército á vuestras órdenes. Pero estais desconocido; os vais maleando; trabajais demasiado para un Apolo.

(Se continuará.)

REVISTA DE LA SEMANA.

Despues del tenaz empeño con que los progresistas negaban cuantas noticias contrarias á la candidatura del duque de Génova han circulado de dos meses á esta parte, ellos mismos han tenido que confesar paladinamente el fracaso.

El Sr. Montemar, embajador de los progresistas en Florencia, envió hace tres dias un despacho telegráfico al gobierno diciéndole que la duquesa de Génova insistia en su negativa de dar su consentimiento al príncipe Tomás para que aceptase la Corona de España; y ante esta resistencia de la madre, del padre, tio y del hijo mismo, el Rey Víctor Manuel y su Consejo de ministros han hecho saber al Sr. Montemar que era preciso desistir de todo proyecto relativo á la candidatura italiana.

Para explicar el telégrama á que acabamos de referirnos, no se puede prescindir de dar cuenta á nuestros lectores de un hecho importante: tal es la venida á Madrid de nuestro embajador en Paris el Sr. D. Salustiano de Olózaga.

Como por lo general los viajes de ese personaje suelen ser trascendentales en política, tan pronto como se supo que intentaba venir á la ex-corte de España, diéronse los noticieros á hacer comentarios acerca del objeto de su venida. Eran varias las versiones que corrian; pero la que se recibia como mas probable era la de que el Sr. Olózaga venia á advertir al gobierno de la opinion poco lisonjera que se forma en el extranjero de las cosas de España, y del deseo que tienen ciertos personajes importantes de allende los Pirineos de que se ponga cuanto antes término á la interinidad de nuestra situacion.

Y, en efecto: segun ahora se dice, las advertencias

hechas por el Sr. Olózaga al gobierno español han sido la causa de que este telegrafiase al Sr. Montemar diciéndole que necesitaba en seguida una contestacion categórica de la familia del duque de Génova respecto á la candidatura de este. La contestacion ha sido el telégrama del Sr. Montemar de que antes hemos hablado.

* * *

Fracasada definitivamente la candidatura del de Génova, el ministerio sereunió en consejo y acordó que todos los ministros presentasen sus dimisiones. Hiciéronlo en efecto, y el regente parece que se ha tomado tiempo para resolver lo que en su concepto mas convenga.

Sobre la manera de resolver la crisis hay muy encontrados pareceres. Los unionistas, que han creido llegado el momento de hacer triunfar su candidatura, esto es, la del duque de Montpensier, quieren que se forme un ministerio de conciliacion, y con el fin de atraerse las voluntades de los progresistas andan por esos mundos predicando la necesidad de la union de todos los elementos revolucionarios para dar cima á la obra iniciada en setiembre de 1868.

Pero los progresistas, que han aprendido ya á conocer las tretas de sus antiguos aliados, ó se hacen los suecos, ó combaten francamente la conciliacion, de la que en verdad no tienen que esperar cosa buena.

Ayer á última hora se decia que los unionistas no quieren mas que una cartera en el ministerio, y esta para el Sr. Topete, como representante de la Union Liberal. Pero Topete dice que no entrará en el ministerio si antes el general Prim no acepta la candidatura de Montpensier, á lo cual contesta Prim no son estos momentos para tratar de candidaturas. Que Topete obra de acuerdo con los unionistas, no hay para qué decirlo.

Algunos radicales parece que no tendrían inconveniente en que el conflicto se resolviera dando al regente todas las atribuciones que marca la Constitucion; mas los montpensieristas dicen que esto seria prolongar indefinidamente la interinidad.

En fin, los montpensieristas andan por ahí que beben los vientos para no perder la ocasion que en su concepto se les presenta por última vez, y dirigen todos sus trabajos á calmar la irritacion de los radicales, que en verdad es grande.

Lo probable es que la crisis sea muy laboriosa, y que por último, en una ú otra forma, continúe la interinidad.

* * *

Las sesiones de las Cortes se reanudaron el lunes; pero como todo el interes de la política estaba en los salones de conferencias, no pudo hacerse otra cosa por falta de número de diputados, que sortear las secciones. Al dia siguiente, ayer, despues de decir el presidente de la Cámara que el ministerio habia presentado su dimision, propuso á los diputados que se suspendieran las sesiones, y así se acordó. ¡Quién tiene calma para discutir sobre cosas que sean ajenas á la crisis! Y si se dejara hablar de la crisis, era imposible que esta se resolviera en paz.

Si continuaran las sesiones no hubiera faltado quien interpelase al gobierno sobre la situacion, y ademas habia ya quien, en odio á Montpensier, preparaba una proposicion de ley declarando incapacitadas para aspirar al Trono á todas las ramas de los Borbones.

* * *

Ante la crisis, todos los demas asuntos parecen pequeños y se olvidan. Esto ha sucedido con el viaje de Ruiz Zorrilla por Valencia, Cataluña y Aragon, del cual tanto se ha hablado durante algunos dias.

Pero no lo olvidará fácilmente el interesado. Lo ocurrido en Valencia á su llegada no tiene comparacion con las demostraciones de que fue víctima en Barcelona. Vivas á la república federal, silbidos, gritos nada halagüenos, proyectiles de fruta y hortaliza, y aun, segun se dice, uno de plomo que atravesó el coche de S. E.; tales fueron los festejos con que fue recibido en Barcelona, por

una parte del pueblo, el ministro que dicen ser el mas simpático á los revolucionarios. Pues si esto se hace con el mas simpático, ¿qué se haría con los demas?

Malas, muy malas impresiones ha debido traer de su viaje el Sr. Ruiz Zorrilla, y es probable que no deje de tener alguna influencia su relato en las circunstancias presentes.

* * *

Vayan dos ó tres noticias para concluir.

El Sr. Obispo de la Habana, tan pronto como fue puesto en libertad, salió para Roma. Algunos revolucionarios han dado á ese viaje el nombre de fuga. ¿De quién tenía que fugarse el Sr. Obispo? ¿De quién necesitaba permiso? Si se ha ido sin dar cuenta á nadie, ha hecho perfectamente.

Solamente en Madrid se han recogido mas de ochocientas adhesiones al Concilio entre abogados, médicos y otras personas seglares de carreras literarias; y hay todavía otras muchas personas de la misma clase que no han podido adherirse por haberse concluido las papeletas especiales que se trajeron de Roma.

Al Sr. Polo, indultado de la pena de muerte, parece que se le destina á las islas Marianas. Espérase, sin embargo, que no se cumpla esta orden, demasiado dura en la edad y circunstancias del Sr. Polo.

* * *

Quando íbamos á cerrar esta *Revista*, llega á nuestras manos una carta alarmante de la isla de Cuba. Si hemos de dar crédito á lo que en ella se dice, el descontento de los españoles crece.

No queremos por hoy decir mas: si lo que dice la carta se confirma, preferimos que lo refieran antes otros periódicos.

CORRESPONDENCIA ESTRANJERA.

ROMA 22 de diciembre.

Acabo de salir de la iglesia del Gesu, en donde un pueblo piadoso y recogido ha cumplido sus últimos deberes con la señora condesa Francisca de Maistre. Los oficiales de zuavos, de la legion, y los franceses que forman parte de otros cuerpos del ejército pontificio, habian asistido tambien, unidos en un mismo pensamiento, en una misma idea: dar un supremo y último adios á la sangre de Lamoricière, que habia sobrevivido en el alma heroica de sus hijos. Hasta los últimos instantes dió pruebas de sentimientos de fe y de resignacion, digna herencia de su ilustre padre. Durante algunos meses solamente fue el ángel y la compañera del conde Francisco de Maistre, y el dia de su union fue señalado por Dios como el dia del sacrificio. Celoso de esta alma tan pura, el Señor se la ha hallado en toda su belleza: ha muerto para el cielo.

El Episcopado francés estaba representado en esta triste ceremonia por un gran número de sus miembros, entre los cuales se contaban el Sr. de La Tour d'Auvergne, Dupanloup, Pie, etc. La Francia oficial estaba representada en la persona del marques de Banneville.

La servidumbre, los zuavos y demas asistentes recogieron piadosamente las flores sembradas alrededor del sarcófago.

El Cardenal Merode, amigo y pariente de la familia, cuya emocion no podia ocultarse, ha celebrado el santo sacrificio de la misa y rezado las preces de la *Absoluta* sobre ese cuerpo en otro tiempo tan brillante de juventud y de belleza, que resucitará un dia mas brillante todavía en la gloria eterna.

Ahora envio á Vds. el siguiente resumen de la Bula del Papa ordenando la disciplina interior del Concilio.

Comprende diez párrafos:

1.º *Consideraciones generales sobre la conducta que se ha de observar durante el Concilio.*

Pio IX exhorta á los Padres á la caridad, al estudio,

al recogimiento, á la oracion, á una vida sencilla y sobria.

2.º *Del derecho de proponer cuestiones á la Asamblea.*

El Papa sienta por principio que el derecho y la mision de presentar esas proposiciones no pertenece mas que á la corte de Roma. Sin embargo, desea y recomienda que todo Padre que se crea en el deber de presentarlas, lo haga libremente.

Estas proposiciones deberán someterse por escrito y en particular á una Congregacion de Cardenales y Obispos, nombrados por el Papa. Deberán ser de interes general, y no local únicamente; se presentarán motivadas, y no deberán apartarse de los sentimientos y tradiciones de la Iglesia. Visto el informe de esta Congregacion, el Padre Santo decidirá si há lugar á presentarlas á la Asamblea conciliar.

3.º *Importancia y obligacion del secreto.*

La obligacion del secreto pesa, no solo sobre los Padres, si que tambien sobre toda otra persona admitida por cualquier título que sea á tomar parte en los trabajos del Concilio.

4.º *Reglamento sobre la preferencia en las reuniones del Concilio.*

Los Padres serán clasificados y colocados, segun la dignidad y fecha de nombramiento de cada uno, los Cardenales Obispos, los Cardenales presbíteros, los Cardenales diáconos, los Patriarcas, los Primados, los Arzobispos, los Obispos, los Abades *nullius*, los Generales de las Ordenes religiosas.

5.º *Comision para entender en las excusas y conflictos.*

Los Padres nombrarán en escrutinio secreto dos comisiones de cinco miembros cada una, las cuales entenderán de estos negocios.

6.º *De los oficiales del Concilio.*

Ya se sabe que son cuarenta y ocho, y cuáles sus atribuciones.

7.º *De las Congregaciones generales.*

Serán presididas por cinco Legados ó presidentes, todos Cardenales, que recibirán el mandato del Papa. Los Padres podrán en ella hacer uso de la palabra; pero á condicion de pedir la víspera autorizacion á los Legados. Si un Padre, durante el curso de la Congregacion, manifiesta deseos de tomar parte en el debate, solicitará de antemano el permiso de los Legados.

Los Legados distribuirán, algunos dias antes de cada Congregacion general, cierto número de proyectos de cánones, elaborados por las comisiones preparatorias del Concilio, é impresos de suerte que los Padres puedan estudiarlos con sus teólogos respectivos.

Si un proyecto de canon reúne la unanimidad de los Padres, se presentará en la mas próxima sesion, y se pasará á otro.

En el caso contrario, el proyecto, con la esposicion de las objeciones, será remitido, segun la materia de que trate, á una de las cuatro congregaciones particulares en las comisiones encargadas de estudiar detenidamente los puntos controvertibles.

Cada una de estas Congregaciones se compondrá de veinticuatro Obispos, nombrados por los PP. del Concilio en escrutinio secreto; pero tendrá por presidente un Cardenal elegido por el Papa, el cual elegirá á su vez los teólogos, canonistas y secretario de la Congregacion.

La primera Congregacion se ocupará de las cuestiones relativas al dogma; la segunda, de las cuestiones de disciplina eclesiástica; la tercera, de las cuestiones relativas á las Ordenes religiosas; la cuarta, de las cuestiones del rito oriental.

8.º *De las sesiones públicas.*

El Papa mandará que en ellas se dé lectura de los proyectos de cánones ya aprobados en las Congregaciones generales, despues de lo cual se recogerán los votos de los Padres. Cada Padre interpelado por un escrutador, responderá *placet* (sobreentendido *cánones*), ó *non placet*, en voz alta é inteligible.

Clasificados los votos, el Papa, con la Tiara puesta sobre la cabeza, pronunciará su juicio sin apelacion, y

ordenará que se promulguen los cánones aprobados, bajo esta fórmula solemne: *Decreta modo lecta placuerunt omnibus Patribus, nemine dissidente* (si hubiera habido unanimidad material, ó bien la cifra de los votos contrarios), *exceptis nosque sacro approbante Concilio illa ita decernimus, statuimus, atque sancimus ut lecta sunt.*

9.º De la obligación de no abandonar el Concilio hasta que se haya cerrado.

10. Indulto dispensando á los Obispos de la obligación de residir en sus diócesis durante el tiempo que esté abierto el Concilio.

ROMA 26 de diciembre.

Las fiestas de la Natividad nos tienen un poco olvidados del Concilio, que por lo demas prosigue sus trabajos, notándose de día en día mayor union y conformidad de miras entre los Padres. En honor de la verdad, solo se temian ciertos arranques de algunos Prelados franceses, acostumbrados con exceso á las alabanzas y críticas de la prensa; pero hasta esto es ya un temor vano, pues la mayoría de los Obispos franceses repele toda discusion ociosa y poco pertinente á la gran obra del Concilio. Anteayer se reunieron todos en la casa del Cardenal Bonnechose, á fin de elegir entre sí los dos miembros que debian proponerse al Concilio para la tercera comision; y aunque en el primer escrutinio salieron con alguna mayoría de votos los Sres. Darboy y Obispo de Orleans, en el segundo escrutinio todos los votos recayeron en el mismo Cardenal Bonnechose y el Obispo de Strasburgo.

Todo es para nosotros los españoles satisfaccion y gozo en esta Ciudad Eterna. Nuestros Prelados, con su porte, con su doctrina, con sus virtudes, se atraen, sin escepcion, el respeto y el aprecio de todos; los sacerdotes que han venido aquí de todas las diócesis de España no obtienen ni merecen menos elogios, y hasta en nosotros los seglares se nota un entusiasmo que á ningun otro cede, porque nace de su fe profunda, pero templada por una prudencia de que aquí, y ahora sobre todo, ningun católico puede prescindir. Todos los españoles, unidos por el mismo sentimiento, queremos lo mismo; todos, cuando la Iglesia habla, recogemos con el mismo espíritu de fe y obediencia sus palabras, y todos vivimos apartados de esas luchas ardientes que en otras partes dividen á nuestros hermanos, y que aun siguen á las puertas mismas del Concilio, aunque en él no han llegado á entrar.

Tengan Vds. por seguro que el Concilio dará, no solo lo que de él espera nuestra fe, sino mas, mucho mas de lo que concibe nuestro deseo. Todo se ha preparado sabiamente para su reunion, y todo en ella sabiamente se determina. No se cree, sino que (si me es lícito hablar así) se ve á Dios en el Concilio; se le ve con los ojos de la cara como con los del alma. Dios está en el Concilio, y parece que su mano se ha separado de Europa para que ella sienta que corre al precipicio. Donde quiera los hombres se agitan en convulsiones que van á la anarquía por cruentas luchas; donde quiera, sin principios que aseguren á las sociedades, marchan estas por tristes caminos á un fin desastroso; ya todos tocan á él, y le ven, y se horrorizan; pero ahí está el Concilio, que viene á salvarlas sacándolas de esos tristes caminos, y devolviéndolas los principios que aseguren, con su existencia, su verdadero progreso y su verdadera dicha.

Como Vds. comprenden, ante esta seguridad que aquí á ninguno falta, los días corren entre las mas gratas y sublimes emociones. Con nada pueden compararse las magnificencias de las fiestas de Roma que embriagan á la vez el alma y los sentidos, y en ninguna parte se hallan como aquí tantos espectáculos de sublime sencillez.

Ayer en San Pedro vimos al Padre de los fieles, al Vicario de Jesucristo, al dulcísimo Pio IX, pasar en *Sedia gestatoria*, escoltado por dobles filas de Patriarcas, Arzobispos y Obispos, las figuras mas hermosas del mun-

do, los hombres de mas talento, saber y virtud, y por entre una multitud innumerable de católicos, dobladas las rodillas: ¿qué mas pueden pedir el alma y los sentidos del hombre aquí en la tierra, si tienen ya en lo que ven un trasunto del cielo?

Un templo, que es una maravilla, lleno de maravillas, y en él, unidos por la misma oracion, al Vicario de Cristo y á los sucesores de los Apóstoles; un palpar unisono de tantos y tantos corazones, á los que enciende la misma fe, mismo el amor, verdaderos hermanos que se presentan y se acogen al seno del Padre celestial. Pero escuchen Vds.: habla ese Anciano en medio de esa majestad mas que humana, y hé aquí lo que dice:

«Yo soy el último de todos, dijo el Siervo de los siervos; pero Dios me ha llamado colocándome en el lugar donde estoy, y puesto que me ha llamado, no me ha denegado las gracias que reparte con gran profusion en todos los estados de la vida... Aunque el último de todos, aunque indigno, soy el Vicario de Jesucristo, y como tal hablo y debo hablar.

»Seamos humildes. En la humildad debemos buscar la gloria de Jesucristo, la gloria de la Iglesia y la salvacion de los pueblos, así como tambien la nuestra.»

¿Puede haber cosa mas admirable? ¿No son las palabras de Pio IX, del hijo predilecto de María, un eco de las de María, cuando en la efusion de la humildad esclamaba:

Quia respexit humilitatem ancillæ suæ : ecce enim Beatam me dicent omnes generationes!

Así por todo el alma se engrandece; la verdad de nuestra santa Religion estalla, digámoslo así, y aprendemos á ganar en la humildad y por la humildad la inmarcesible corona de gloria que Jesucristo, el humilde Hijo de María, prometió á los humildes y mansos de corazon.

En mi próxima carta les hablaré á Vds. mas directamente del Concilio, porque ya habrá tenido lugar la reunion de la Epifanía.

PARTE OFICIAL DE LA GACETA.

MES DE DICIEMBRE.

Día 28. Por el ministerio de Ultramar se publica un decreto nombrando jefe de administracion de cuarta clase, contador de la de primeros de la Sala de Indias del tribunal de Cuentas del reino, á D. José Antonio Luaces, que con la misma categoría desempeña la plaza de oficial tercero en la secretaria de dicho ministerio.

Por el ministerio de Hacienda se aprueba la instruccion relativa al desestanco de la sal.

Día 29. Por el ministerio de Ultramar se publica un decreto disponiendo que los gobernadores superiores civiles de las provincias de Ultramar remitan á la mayor brevedad, por orden de dependencias de toda clase, estados generales en los que se hagan constar con perfecta distincion los extremos siguientes: primero, nombre, edad, estado y naturaleza de los funcionarios; segundo, títulos académicos ó profesionales, si los tuvieren, espresándose en este caso el establecimiento en que lo alcanzaron, y en qué fecha; tercero, empleo que disfrutaban, con espresion del sueldo y sobresueldo asignado; cuarto, servicios anteriormente prestados, con designacion de tiempo; quinto, época del nombramiento y fecha de la toma de posesion; sexto, licencias obtenidas, y por cuánto tiempo efectivo; sétimo, notas de concepto de cada uno segun los informes de sus superiores respectivos, y los que tenga ó se adquiera el gobernador superior civil.

Día 30. No contiene disposicion alguna de interes general.

Día 31. Por el ministerio de la Gobernacion se publica un decreto por el que se convoca á los colegios electorales de la circunscripcion de Vich, provincia de Barcelona, para que procedan á la eleccion parcial de dos diputados á Cortes, en vez de uno para que estaban

convocados por decreto de 21 de diciembre último, con arreglo á las vacantes determinadas por las mismas Cortes.

La eleccion se verificará en la forma dispuesta para las elecciones generales, dando principio el dia 20 del presente mes, y continuará en los tres siguientes: el segundo escrutinio se verificará el dia 26, y el tercero ó general, el 3 de febrero.

Por el ministerio de Hacienda se publica un decreto disponiendo que se habilite la aduana de Dancharinea, en la provincia de Navarra, para importar directamente del extranjero manufacturas de algodón; y que las de Huelva, Junquera (Gerona) y Verin (Orense), que se hallan en iguales circunstancias, disfruten tambien de dicha habilitacion.

MES DE ENERO DE 1870.

Dia 1.º Por el ministerio de Ultramar se publican varios decretos. Por uno se dispone que Fr. Manuel de Rivas, de la Orden de Predicadores, forme parte de la comision consultiva de las reformas que deban introducirse en el régimen administrativo y económico de las islas Filipinas, creada por decreto de 4 del corriente. Por otro se declara cesante por reforma, con el haber que por clasificacion le corresponda, á D. Jaime Morales, que con el carácter de secretario general desempeña la plaza de jefe de administracion de segunda clase en la secretaría del Consejo de administracion de la isla de Cuba. Por otro se declara cesante, con el haber que por clasificacion le corresponda, del destino de jefe de administracion de cuarta clase, oficial de la de terceros del ministerio de Ultramar, á D. Antonio Balbino Vazquez. Y por otro se nombra jefe de administracion de cuarta clase, oficial de la de terceros del ministerio de Ultramar, á D. Cayo Lopez Fernandez.

Por otro decreto del mismo ministerio se otorga definitivamente al mayor general D. Guillermo F. Smith la concesion para el establecimiento y explotacion de un cable submarino que enlace la ciudad de Santiago de Cuba con la Habana, amarrando en Cienfuegos, bahía de Cochinos á Batabanó, uno de los tres puntos, á su eleccion. El trayecto del citado cable será el siguiente: partirá de la bahía de Santiago de Cuba; continuará por la costa Sud de la Isla hasta el punto de amarre que se elija de entre los tres antes designados; enlazará con una línea terrestre establecida simultáneamente por el concesionario, terminando el extremo de esta en la estacion central telegráfica de la Habana. La tarifa de precios para la trasmision de telégramas privados por esta línea no podrá exceder de los fijados para la explotacion de las líneas de Puerto-Rico y Panamá. La trasmision de la correspondencia oficial del gobierno será obligatoria y preferente, y de abono á razon de la mitad del precio que corresponde á los telégramas particulares.

Dia 2. Por la presidencia del Consejo de ministros se publica un decreto por el que se dispone que, atendiendo á lo dispuesto en el art. 17 de la ley orgánica del Consejo de Estado, y de conformidad con lo propuesto por el presidente del mismo, las secciones de aquel cuerpo continúen compuestas en 1870 de los mismos individuos de que constaban al terminar el último año, sin perjuicio de las supresiones acordadas y que se están llevando á efecto á medida que ocurren las vacantes.

Dia 3. Por el ministerio de la Guerra se publica la ley votada por las Cortes Constituyentes fijando en ochenta mil hombres la fuerza del ejército permanente en el año económico de 1870 á 1871.

Por otro decreto del mismo ministerio se nombra capitán general de Valencia al mariscal de campo D. Cándido Pieltain y Jove-Huergo, que desempeñaba el mismo cargo en Galicia.

Dia 4. Por el ministerio de la Guerra se publica un decreto nombrando capitán general de Galicia, á D. Rafael Primo de Rivera y Sobremonte, que desempeñaba igual cargo en Valencia.

La *Revue du Monde Catholique*, de donde, como saben nuestros lectores, tomamos las notables crónicas del Concilio que inserta nuestra REVISTA, trae en su último número la descripcion de la apertura de aquella Santa Asamblea, y da cuenta de los documentos pontificios publicados por nosotros en uno de los anteriores números.

En los últimos ocho dias trascurridos, los periódicos diarios no han dicho acerca del Concilio nada que merezca coleccionarse en el tomo de nuestra REVISTA. Las noticias, por otra parte, escasean mucho, porque en los trabajos del Concilio se guarda la mas completa reserva.

Todo cuanto se sabe y cuanto puede interesar á nuestros lectores, lo dicen nuestras correspondencias de Roma que en otro lugar insertamos.

Terminado el proverbio de Luis Veillot intitulado *La Samaritana*, damos hoy la portada de otro proverbio de Octavio Feuillet, *La Hechicera*, para que, junto con aquel, forme un solo tomo.

Octavio Feuillet no es un escritor completamente católico; pero la obra que publicamos puede figurar perfectamente en nuestra pequeña *Biblioteca Católica*.

Hacemos esta advertencia para que no se crea que nosotros recomendamos *todas* las obras de Octavio Feuillet.

RECTIFICACIONES. En el último número de nuestra Revista, y en la *Crónica del Concilio*, aparecieron las siguientes erratas:

En la pág. 135, columna segunda, líneas 20 y 21, donde dice: *Que procede del Padre y debe ser glorificado con el Padre y con el Hijo*, léase: *Que procede del Padre y del Hijo, y debe ser glorificado, etc.*

En la pág. 138, columna primera, línea 43, donde dice: *El Papa envió un Breve á Mons. Dupanloup*, léase: *El Papa envió un Breve á Mons. Deschamps.*

CALENDARIO PIADOSO PARA 1870. (SÉTIMO DE SU PUBLICACION.)—Redactado por los mas conocidos escritores católicos, revisado por D. Miguel Martinez y Sanz, y publicado con licencia de la autoridad eclesiástica.—Los pronósticos son del primitivo *Zaragozano* D. Joaquin Yagüe.

Consta de un tomo en 8.º de cerca de 200 páginas de impresion compacta y esmerada. Ademas de las materias que ordinariamente constituyen un exacto Calendario, contiene este año los siguientes importantísimos y oportunos trabajos: *Un calentón bien empleado*: diálogo en que se dan noticias muy curiosas y se resuelven varias dudas sobre el jubileo, por D. Miguel Martinez y Sanz.—Cronología de los Sumos Romanos Pontífices, segun existe en la Basílica patriarcal de San Pablo en Roma.—Ensayo de un catecismo realista ó monárquico, para instruccion y desengaño de pueblos seducidos, por el Dr. D. Juan Gonzalez, dignidad de chantre de la metropolitana de Valladolid.—Diálogos entre un liberal y un católico sobre los dogmas del cristianismo, por D. Domingo Hevia: 1.º de los misterios; 2.º de la Beatísima Trinidad; 3.º del infierno; 4.º fuera de la Iglesia no hay salvacion; 5.º del matrimonio civil; 6.º las Ordenes religiosas.—El año 1869: el año que concluye trae al año que principia: por D. Vicente de la Fuente.

Se halla de venta á *cuatro reales* en Madrid, y á *cuatro y medio* en provincias, franco, en las principales librerías de España, ó dirigiéndose al editor propietario del *Calendario*, D. Antonio Perez Dubrull, calle del Barco, núm. 9 primero, cuarto tercero, acompañando el importe en libranza.

OBSEQUIO. A todo el que tome, pidiéndolos directamente al editor, doce ó mas ejemplares, se le regalará una preciosa estampa de entre las cinco siguientes, á su eleccion: el Salvador, la Purísima Concepcion, Nuestra Señora del Cármen, Nuestra Señora de la Saleta, ó un retrato muy parecido de Su Santidad Pio IX.

MADRID, 1870.—Imprenta á cargo de D. A. Perez Dubrull, calle de Moriones (antes del Pez), 6, principal.